BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.

TOMO XXXI. Octubre, 1897. CUADERNO IV.

INFORMES.

I.

ESTUDIO DE UNA CALAVERA ANTIGUA, PERFORADA POR UN CLAVO, ENCONTRADA EN ITÁLICA.

La Real Academia de la Historia remitió el 27 de Junio de 1896 al Laboratorio Antropológico de la Facultad de Medicina de Madrid una calavera procedente de Itálica atravesada con un clavo, á fin de que se hiciera su limpieza y restauración. Cumplido el encargo en pocos días y devuelto el ejemplar á la Academia, juzgó ésta conveniente que hiciera el que suscribe el estudio de tan interesante pieza osteológica, y así lo manifestó de oficio en 23 de Septiembre de 1896.

Desde entonces y con el propósito de cumplir tan honrosa misión del modo menos imperfecto que á sus limitadas facultades fuera posible, ha procurado el autor de este trabajo reunir todos los datos de observación directa y de experimentación que han estado á su alcance, los informes y noticias que ha podido obtener de los arqueólogos sevillanos Sres. Ariza, Fernández López (D. Manuel y D. Juan) y Campos, á los que ha consultado por escrito y en persona, quedando profundamente agradecido á sus bondades, ha hecho un viaje especial para visitar los sitios donde se

encontró el cráneo perforado y para presenciar el descubrimiento de otra sepultura y ha recurrido al saber y experiencia de especialistas, siempre que lo reclamó la ilustración de algún detalle, digno de más profundo análisis, por su curiosidad ó interés.

El fruto poco sazonado y substancioso de tal labor, más prolija que fecunda, es el que tengo el honor de someter á la benévola consideración de la Academia, lamentando el que, por personales deficiencias mías, no corresponda á los legítimos deseos y quizás á las esperanzas de la Academia.

Topografía.

El recinto de la antigua Itálica es aún reconocible hoy por restos de cimientos y de torres, que aparecen claramente señalados en el plano de las ruinas hoy visibles, publicado con la obra del P. Zevallos, gracias á la inteligente iniciativa del distinguido académico Excmo. Sr. D. José María Asensio.

Por su parte meridional bordea el recinto un desnivel repentino del terreno, que mide unos 20 m. de altitud. La parte más declive está surcada por un arroyo de corto trayecto y de caudal escaso ó nulo en tiempo seco, que corre de Poniente á Levante hasta cruzar la carretera actual de Extremadura, por una alcantarilla que da nombre á los campos inmediatos. Estos campos, sembrados de olivos, descienden en suavísima pendiente desde la orilla del citado arroyo hacia el SO. y están ceñidos en parte por la carretera y una fila de casas del pueblo de Santiponce paralela á ella, hacia la que tienen las viviendas sus entradas.

Antes de que José Rodríguez, propietario actual de la Alcantarilla, cercara su finca, fué inundado el terreno muchas veces por aguas de dos procedencias. Lo más frecuente, quizás todos los años, era que las lluvias torrenciales, hinchiendo el arroyo, lo desbordaran antes de atravesar la carretera y le hicieran derramar sus aguas en el olivar, de donde no tenían fácil salida; otras veces, más raras, era el Guadalquivir el que, cubriendo las llanuras bajas inmediatas, llegaba hasta el mismo Santiponce é invadía la finca de José Rodríguez, que está naturalmente más

baja que la calzada. En ambos casos, sobre todo en el de grandes inundaciones por el Guadalquivir, permanecía algún tiempo el olivar de Alcantarilla convertido en laguna, y al retirarse ó consumirse las aguas quedaba el suelo cubierto de una capa de légamo de grosor distinto según las circunstancias de la riada.

Difícil sería contar el número de éstas que en un siglo han contribuído á soterrar las ruinas que el suelo del olivar encierra, y más lo sería determinar el grueso de las capas allí depositadas en ese tiempo, de modo que raya en lo imposible el calcular, por el grueso de la capa aluvial hoy existente, qué tiempo ha transcurrido desde que las aguas empezaron á cubrir con un manto nivelador de tierra vegetal los escombros de la ciudad romana.

En el corte de las excavaciones practicadas durante los dos últimos años, y en la que para descubrir una sepultura se realizó á mi vista, pude ver que el suelo, donde aún arraigan bastantes olivos, consiste en una capa de 1,50 á 2,50 m. de grosor, formada de fragmentos variadísimos de piedras, ladrillos, tejas, vasijas y otros detritus más menudos englobados en tierra arcillosa, con mezcla de arena caliza, cantos pequeños y algunas conchas de moluscos terrestres. En todas partes se encuentran materiales romanos para construcción enterrados en el mayor desorden y á diversas profundidades, como si los edificios á que pertenecieron no se hubieran destruído en un solo cataclismo, del que resultara cubierto el suelo por densa capa de escombros, sino por arruinamientos sucesivos, que dieron tiempo de unos á otros para que el légamo de las inundaciones transformara en suelo compacto los primeros lechos de materiales dispersados. Tampoco se observa uniformidad en la proporción de escombros y tierra, pues en alguno que otro sitio casi dominan los primeros en la masa total, mientras en otros abunda mucho más la tierra y sólo hay pocos fragmentos de piedra ó de ladrillo, más bien hacia la superficie que en la profundidad.

Las excavaciones practicadas hasta ahora alcanzan sólo á los pavimentos de los edificios que existieron en la Alcantarilla y permiten ver varios mosaicos, uno de ellos con buenos dibujos y brillantes colores, suelos de argamasa dura y el de un gran

aposento cuadrado con piedras labradas formando huecos rectangulares que, por las dimensiones y la forma, acaso hayan servido para sepulturas.

Se ven además, fustes rotos de columnas de mármol; arranques de gruesos pilares cilíndricos, hechos con ladrillos y argamasa; pozos comunicantes con galerías subterráneas; cañones como para desagües; hermosos bustos; preciosos mármoles y otra multitud de restos que atestiguan la importancia que, sin duda, tuvieron los edificios emplazados hace bastantes siglos en el sitio llamado Alcantarilla.

Sepulturas descubiertas en la Alcantarilla.

Son ya bastantes las sepulturas de que se tiene noticia en esta localidad, aunque no se pueda todavía decir que los arqueólogos han encontrado la verdadera necrópolis de Itálica.

1.° Según D. Antonio Ariza, testigo de las exploraciones realizadas en 1861, se descubrieron cerca de la Alcantarilla sepulturas construídas con material romano, cubiertas con tégulas y ocupadas por esqueletos bien conservados. De uno de ellos, que el venerable anticuario de Sevilla recuerda con toda claridad, dice haberlo visto en decúbito supino, con las manos sobre el vientre, atravesadas con un clavo y con restos de plomo derretido sobre el frontal y en los lados, hasta penetrar por los oídos. Algunos de los cráneos exhumados entonces tenían clavos metidos por la frente, y aún conservaba el Sr. Ariza un clavo de cobre, que probablemente fué de aquellos y tuvo la amabilidad de regalarme. El arqueólogo sevillano D. Antonio Cisneros y Lanuza escribió una corta Memoria sobre los restos humanos hallados por entonces en Itálica, atribuyéndolos á criminales ó quizás á mártires; pero por motivos de carácter local retiró su Memoria, que no llegó á publicarse, y tanto el manuscrito como los ejemplares osteológicos fueron olvidados y pueden considerarse hoy como perdidos.

2.° Debe ser de la misma fecha ó poco posterior el hallazgo de un ataúd de plomo que se conserva en el Museo provincial de

Sevilla con el número 494, y del que la tarjeta descriptiva dice lo siguiente:

«Caja sepulcral de plomo que mide $1^m,95$ de largo por $0^m,73$ de ancho en la cabecera y $0^m,54$ en los pies. Se descubrió en un olivar de Santiponce, al sitio denominado La Alcantarilla, y, según D. Antonio Ariza, donante de dicha caja, estaba depositada en un cañón formado de ladrillos y mortero romanos. Dicho cañón debió estar cubierto con tégulas á juzgar por los fragmentos que de ellas se encontraron; por la rotura de éstas sufrió la caja los efectos del tiempo, pudiendo decirse que al encontrarse era un informe montón de plomo, tierra y algunos restos de huesos. Una vez reconstruída y dada la forma de ataúd que primitivamente tuvo (aunque le faltan algunos pedazos) quedan bien determinados los adornos de la cubierta, en forma de galón, que se cruzan en varios puntos. En el año 1861, próximo al lugar en que se halló esta caja se encontraron algunos sepulcros construídos con materiales romanos, de la misma forma que la que nos ocupa, si bien no contenían caja alguna, los cuales fueron atribuídos, por la extinguida Diputación Arqueológica, á la primera época hispano-visigoda.»

No se encontraron objetos funerarios en el ataúd de plomo, y en cuanto á los huesos que contenía, aparecen hoy en fragmentos menudos, que no suman la totalidad de un esqueleto. La materia ósea está dura, no se desmorona con facilidad, es de color moreno terroso, excepto en las superficies de las numerosas fracturas posteriores á la exhumación que ofrecen los huesos, y en ningún punto presentan señales de haber sido quemados. Del examen de algunos metacarpianos enteros y de otros fragmentos algo más grandes é instructivos se puede deducir que el sujeto murió en edad adulta y probablemente fué del sexo masculino, pero no muy robusto. Un trozo de frontal con parte de la órbita izquierda muestra poco relieve de la glabela y del arco superciliar y dirección algo oblicua de la curva metópica en su arranque. Nada puede presumirse de la forma general y volumen del cráneo, pero sí del grosor de la pared, que era pequeño, y de la robustez de las eminencias óseas, que era escasa.

3.° Hace dos años, tratando José Rodríguez de cercar su

finca la Alcantarilla y de cambiar en ella los cultivos, descubrió varias piezas de mérito artístico é interés arqueológico y abrió algunas sepulturas donde había, según dice, pues yo no lo he visto comprobado en los restos, cráneos atravesados con clavos. En una de estas sepulturas, cubierta de tégulas, que se exploró con más detenimiento, se halló un esqueleto de varón de corta estatura, en actitud violenta, con una moneda de Magno Máximo entre las rodillas y un grueso clavo de hierro entre los pies, quizás atravesando los talones.

Cerca de esta sepultura estaba la que más nos interesa, por haber contenido el cráneo perforado que tratamos de estudiar.

A unos 30 m. del límite septentrional de la finca, descubrió José Rodríguez el año último, á 180 cm. de profundidad, restos de un precioso mosaico del que se ve aún claramente un gran pato de perfecto dibujo y hermoso colorido; en el borde meridional del mosaico se elevan dos columnas de mármol, rotas á menos de 1 m. de su altura, que sin duda flanquearían la entrada al aposento y quizá vestíbulo donde estuvo el mosaico; más allá de él, hacia el N., se eleva un escalón mal trazado y sigue otro pavimento duro, constituído por mortero romano, descansando sobre la tierra misma; é interrumpiendo la continuidad de este segundo pavimento, perteneciente á un edificio que debió ser grandioso á juzgar por los gruesos pilares que arrancan de allí cerca, estaba el hueco de una fosa cubierto por cinco piedras toscas, mal ajustadas y sostenidas en los bordes de la rotura hecha en el pavimento. No consta que tuviera la fosa pared propia de albañilería y fondo especial de piedra ó ladrillo, antes bien parece haber sido un simple hoyo labrado en la tierra subyacente al suelo del edificio; pero estando completamente rellena cuando yo la he visto, hubiera sido necesario repetir la excavación para conocer con seguridad si había ó no verdadera obra de fábrica, y además, la excavación misma hubiera tropezado con la dificultad de estar casi borrado el contorno de la abertura donde las piedras se apoyaban. Sin embargo, aun puede reconocerse la orientación de la sepultura de E. á O., sin guardar relación geométrica con las líneas generales de las construcciones que alrededor se descubren, como si se hubiera cavado la fosa cuando ya se encontra-

ban veladas dichas líneas y no hubieran tenido los enterradores interés en guardar simetría ni respetar los usos de edificios, que probablemente estarían ya abandonados y acaso destruídos.

Ningún objeto se encontró en la tierra que llenaba la fosa; sólo aparecieron dentro de ella, según informes del distinguido médico-arqueólogo D. Manuel Fernández, todos los huesos de un esqueleto inhumado en la actitud ordinaria hoy, con la cabeza á Poniente, ignorándose su posición particular por haber extraído el descubridor la calavera antes de que llegaran personas competentes, el tronco descansando sobre el dorso, los miembros torácicos estirados y paralelos y los pies con las puntas muy separadas y vueltas hacia fuera, como si estuvieran dislocados en sus articulaciones con las piernas. La cabeza de este esqueleto es la perforada con un clavo que presentó á la Academia su ilustre miembro Sr. Asensio, y los demás huesos fueron extraídos por el dueño y amontonados sin precaución con otros de varias procedencias, de modo que ya es imposible estudiarlos.

4.° Por último, aprovechando mi breve estancia en Itálica el día 2 de Enero de 1897, examiné las sepulturas nuevamente señaladas por José Rodriguez, y presencié el descubrimiento y abertura de una de ellas.

Son cuatro formando fila de N. á S., de modo que cada tumba está orientada de E. á O., paralelas entre sí y con intervalos de 140 cm. entre dos inmediatas. Están las cabeceras enlazadas por un muro corrido de medio metro de altura, situado por encima del nivel de los mosaicos próximos y construído con ladrillos y tejas romanos, que parecen de desecho, por lo roto, irregular y heterogéneo del material que entra en la construcción.

Desmontado 1 m. de tierra y escombros, se puso al descubierto la tapa de una de las sepulturas, formada por cuatro piedras desiguales en materia, forma y dimensiones, que, aunque labradas, no lo habían sido especialmente para el objeto á que se encontraban aplicadas. La segunda de las piedras era una losa rectangular, con una escotadura semicircular de unos 15 cm. de radio y una excavación cuadrada y poco honda hacia un ángulo, como si en ella se hubiera encajado alguna otra pieza de la construcción á que, sin duda, perteneció la losa antes de aplicarla á cubrir la

sepultura. Descansaban las piedras sobre los muros laterales de ésta, semejantes al que unía las cabeceras; pero, bien fuera por derrumbamiento parcial del muro izquierdo ó por algún resbalamiento del terreno, las dos piedras centrales de la tapa se habían hundido por un lado y se apoyaban oblicuamente sobre el otro.

No se encontraron objetos en la tierra contenida dentro de la sepultura, excepto un asa de cristal verdoso semejante á otros pedazos de vidrio, que se ven allí por muchas partes, y un fragmento delgado de hierro, que acaso perteneciera á una aguja para el pelo, pues se encontró cerca de la cabeza y el esqueleto pareció femenino, por sus escasas dimensiones generales. No se extrajeron los huesos por su extraordinaria fragilidad y las desfavorables circunstancias atmosféricas en que se operaba; pero pudo verse que la actitud del cadáver era la ordinaria; que no se hallaba exactamente en medio de la fosa, sino algo inclinado hacia la izquierda; que el cráneo, deshecho ya, no presentaba señales de estar atravesado por clavos y que la tierra inmediata al cadáver era granulosa, suelta, aun estando entonces naturalmente mojada, y contenía mayor proporción de pequeños caracoles que los observados en las capas superiores de tierra y en la superficie del suelo.

Fecha de las sepulturas.

Para resolver en lo posible este difícil problema hay que considerar el yacimiento, la construcción y el contenido de las sepulturas de Itálica.

El yacimiento de los mosaicos y suelos notoriamente romanos, comparado con el de las sepulturas señaladas con los números 3 y 4, en la enumeración del párrafo anterior, únicas de que se tiene suficiente noticia, enseña que los pavimentos precedieron á las tumbas. El hecho es indudable respecto á la que contuvo el cráneo que estudiamos, pues el mortero romano, que fué alguna vez suelo de un edificio, se encontró perforado, y los piedras toscas que cerraban la fosa, descansaban sobre los bordes de la perforación. En las cuatro últimas sepulturas descubiertas que yo

he visto el hecho es muy probable, porque el muro que las une asienta sobre la tierra en un nivel más alto que el de un mosaico inmediato, y es racional suponer que este mosaico estuviera, cuando fué construído, á la misma altura que el terreno de alrededor, puesto que en ningún sitio se descubren señales de escalera, y que después de enterrado el solar por los aluviones y de elevado en muchos centímetros el nivel general de la campiña, fué cuando se construyeron las sepulturas que hoy vemos á 1 m. por debajo de la superficie cultivada y á más de medio por encima de los antiguos pavimentos. Si nuevas y más completas excavaciones descubrieran vestigios de construcción romana inmediatamente debajo de las sepulturas, la posterioridad de éstas, que considero muy probable, quedaría demostrada como cierta.

Respecto á la construcción hay dos tipos de sepultura: la simple fosa cubierta de piedras mal labradas y el verdadero sepulcro de material menudo y cerrado con grandes tégulas ó losas. El primer tipo nada enseña respecto á la fecha y sólo habiendo reconocido oportunamente todos los detalles de las piedras que cubrían la fosa de que se extrajo el cráneo perforado, es como se hubiera podido deducir si tales piedras pertenecieron ó no á otras construcciones ya deshechas, cuyo material se aprovechara para tapar el hoyo funerario. Al segundo tipo corresponden las demás sepulturas encontradas; y aunque tampoco hay detalles respecto á las descubiertas en 1861, puede, sin abuso de generalización, aplicárseles lo observado por mí en la explorada el 2 de Enero de este año. El muro de poca altura que enlaza las cabeceras de las cuatro sepulturas vistas en tal fecha y los que forman sus costados están construídos, según ya dije, con materiales de deshecho, y las losas de cerramiento parecen proceder de edificios anteriores destruídos, siendo, por la tanto, muy verosímil que los sepulcros del segundo tipo fueron hechos con materiales extraídos de construcciones romanas preexistentes en la Alcantarilla, y que corresponden á fecha posterior al abandono y ruina de tales construcciones. Para dar más solidez á esta consecuencia cronológica, sería preciso deshacer el muro, examinar una por una las piezas que lo forman y el modo de estar trabadas, así como la substancia que las une, reconocer las variedades de ladrillos y tejas á

que pertenecen los fragmentos, buscar sus marcas de fábrica, si por acaso las tuvieran, y comparar todos estos datos, con sus análogos recogidos en las construcciones notoriamente romanas de la inmediación; pues si resultara demostrada la identidad de los materiales y la diferencia en la mano de obra, sería, junto con las demás razones, evidente la posterioridad de las tumbas respecto á los edificios.

El contenido de las sepulturas se reduce á huesos, clavos, una moneda y un ataúd de plomo.

El cráneo de Itálica es antiguo á juzgar por su aspecto corroído, los surcos ramescentes que labran su lámina exterior, su fragilidad y la avidez de las superficies de fractura por el agua, indicios los últimos de haber disminuído mucho la proporción de materia orgánica. Verdad es que el tiempo necesario para que se produzcan tales alteraciones es muy variable, según las circunstancias; pero siempre es largo y Broca afirma (1) que jamás ha visto los surcos ramescentes producidos por raicillas de plantas en cráneos de cementerios posteriores al siglo VIII, con lo cual no parece temerario calcular en mil doscientos años, por lo menos, la antigüedad de nuestra calavera perforada.

Los clavos de hierro y cobre nada enseñan por sí solos respecto á la fecha de las sepulturas, si bien los de la última substancia debieron ser muy poco usados por la industria en la Edad Media, pues hasta se perdió el arte de templar el cobre, que fué tan conocido antiguamente.

La moneda encontrada entre las rodillas de un cadáver es de Magno Máximo y, por consiguiente, debe oscilar su fecha entre los años 383 y 388 (2); pero sería temerario deducir de estas fechas la de la tumba en que se encontraba la moneda, pues, si fué puesta intencionalmente, sólo cabe afirmar que la pieza acuñada existía ya cuando se enterró el cadáver, y si penetró después de la inhumación, cosa no inverosímil, porque el peso favorece el

---

(1) BROCA: *Sillons observés à la surface des crânes.* (Bulletín de la Société d'Antropologie de Paris: Serie I, tomo VI, páginas 54 y 255.)

(2) La moneda ha sido clasificada por los arquéologos de Sevilla y por D. Rafael Cervera, de Madrid.

enterramiento accidental de las monedas en los terrenos sueltos y muy reblandecidos, no cabe afirmar nada, por las vicisitudes que puede sufrir una moneda, sea cual fuere su fecha, si quedó perdida en un campo sembrado de ruinas.

El ataúd de plomo es el que más valor tiene para ilustrar la cuestión de que se trata, pues el adorno de las fajas cruzadas, formando rombos que decoran la tapa, recuerda los motivos ornamentales visigóticos, y las personas competentes de Sevilla consideran el ataúd como del principio de la dominación visigótica en España. Quizás los arqueólogos especialistas logren depurar esta opinión y lleguen á precisar aún más la fecha de tan notable reliquia histórica.

En resumen: el yacimiento de las tumbas por encima ó al través de los pavimentos romanos, la construcción de las primeras con materiales probablemente extraídos de los edificios á que pertenecieron los últimos; el aspecto y caracteres de los huesos; el dato arqueológico positivo del ataúd de plomo considerado como visigótico, y la falta de inscripciones y objetos correspondientes á la época romana en sitio donde tanto abundan, fuera de las tumbas, son indicios que, apoyándose mutuamente, equivalen á la prueba de que las sepulturas de que tratamos fueron hechas hace muchos siglos, pero después del abandono y ruina de Itálica, ó por lo menos de la parte de ella que asentó en la Alcantarilla.

Verdad es que la fecha en que Itálica fué parcialmente destruída no está dilucilada todavía (1); pero sabiendo que Leovigildo hizo reconstruir las murallas de aquella insigne ciudad, cuando combatió á Sevilla, estando en guerra con su hijo Hermenegildo, año 585, no es posible dudar de que antes de esa guerra estaban ya sus murallas destruídas, y no es aventurado creer que el golpe que hundió sus monumentos, mutiló sus estatuas y le quitó para siempre su importancia, fué dado por los vándalos ó los suevos á principios del siglo v, que, atraídos por la opulencia de la hermosa colonia y por la fama de su riqueza, extremaron quizás su

(1) Véase *La Itálica*, por el R. P. Maestro Fr. Fernando de Zevallos. Sevilla, 1886, pág. 155.

obra destructora, en odio á la memoria de los grandes emperadores que tuvieron en Itálica su cuna.

Las sepulturas, según esto, se labraron entre el principio del siglo v y una fecha indeterminada hacia el presente; pero analizando algunos de los hechos observados, podremos precisar algo esta fecha y disminuir la amplitud del período histórico en que se hicieron los enterramientos.

El Guadalquivir ha cubierto, en el espacio máximo de quince siglos, los pavimentos romanos, con una capa de tierra de 2 m. de espesor; las sepulturas aparecen en el tercio inferior de esa capa y, como no hay motivo para creer que la obra del río haya sido desigual en los diversos tiempos, se deduce, con grandes visos de probabilidad, que las sepulturas corresponden al primer tercio de los quince siglos transcurridos, es decir, á los que median entre el siglo v y el x de nuestra era.

Pero aunque todas las tumbas encontradas en la Alcantarilla correspondieran á esos quinientos años, no hay razones para afirmar que sean contemporáneos entre sí y más bien hay motivos para creer que se sucedieron con intervalos apreciables. Las fosas más antiguas, abiertas en capas de aluvión muy delgadas todavía, tropezaron con pavimentos romanos apenas soterrados, y los inhumadores tendrían que romperlos para ahondar las sepulturas, este es el caso de la que más nos importa, que, con su inmediata, la que contenía una moneda de Máximo, debe estimarse como la más antigua, quizás del mismo siglo v, época de calamidades públicas y de poca seguridad que concuerda bien con lo miserable de las dos tumbas y las ideas trágicas que á la imaginación sugiere la existencia en ellas de los clavos.

El sepulcro de material con el ataúd de plomo debe de ser más moderno, porque la riqueza del ataúd, á la vez que indica la elevada jerarquía del sujeto inhumado, inclina á pensar en tiempos más serenos, con un régimen social más ordenado y mayor confianza en la estabilidad de las instituciones; pues parece que los pueblos más sólidamente constituídos son los que más cuidan de conservar con eficacia la ceniza ó la memoria de sus muertos.

Más modernas me parecen todavía las sepulturas que ví en Enero, pues sólo tienen 1 m. de tierra por encima, y están en

serie regular como formando un cementerio, lo que supone un pueblo reconstituído; pero ¡quién se atreve á discurrir con tan vagos é inseguros argumentos!

De cuanto llevo expuesto sólo estimo de alguna consistencia la conclusión de que la fosa donde estaba el cráneo perforado es quizás la más antigua de las enumeradas en este trabajo y corresponde, calculando por conjeturas, al siglo v, después de Jesucristo.

Circunstancias relativas á la inhumación.

En materias de que se ignora casi todo está justificado extremar el análisis de los detalles más insignificantes y pedir á la inducción, por insegura que sea, datos que guíen á la conquista de mayores esclarecimientos. Por eso en el presente caso no he despreciado ningún indicio que pueda ilustrar las circunstancias en que se realizó la inhumación del sujeto hallado en Itálica, aunque desde luego reconozca el escaso valor de los indicios.

1.° Las sepulturas de Itálica *¿han sido violadas en algún tiempo?* Este es el primer punto que corresponde dilucidar en lo posible, pues sólo en el supuesto de que no hayan sufrido violación ni trastorno intencional es como puede concederse algún valor á las inducciones que se hagan de los detalles observados en dichas sepulturas.

Una profanación próxima á la fecha del enterramiento y seguida de reposición de las tapas sepulcrales es imposible de reconocer hoy; pero es inverosímil tratándose de sujetos probablemente pobres, cuyos despojos no debieron inspirar codicia á sus contemporáneos, y dada la repugnancia natural que en todo tiempo ha producido en los vivientes el remover los restos putrefactos de los muertos. Sería necesario que existieran indicios positivos de que la tumba fué profanada en los primeros meses que siguieron á la muerte del sujeto que estudiamos, para admitirla como probable, y faltando pruebas es lo más racional rechazar la hipótesis de tal profanación, aunque sólo fuera por ser ésta un hecho excepcional en todas partes y en todas épocas.

La violación de la sepultura después de tiempo suficiente para que hubiera terminado la descomposición de las partes blandas, debe dejar huellas: en los huesos, por dislocarlos de la posición que les corresponde, dada la actitud ordinaria de un sujeto enterrado; y en la tapa de la sepultura, por ser poco verosímil que la reaplicaran exacta y regularmente los violadores. Pero el esqueleto á que pertenece el cráneo de Itálica se encontró en la misma actitud que hoy se usa para los enterramientos, y no hay noticia de que las piedras que cerraban la fosa estuvieran desarregladas ni caídas; y cuéntese, además, con que si el tiempo transcurrido desde la inhumación hubiera sido grande, hasta el recuerdo de tal inhumación se habría perdido, pues no se hallaron inscripciones conmemorativas, y aun se borrarían pronto las señales de las sepulturas, como hasta nuestros tiempos ha venido sucediendo. Todo esto, mas el no tratarse de sarcófagos ó monumentos que por su lujo hubieran podido excitar la vanidad, sino de fosa humildísima en la misma tierra, aparta la sospecha de violación intencionada, de sustitución de cuerpos y hasta de que accidentalmente haya sido abierta la sepultura antes de Abril de 1896.

Como estos razonamientos son aplicables en gran parte á todas las tumbas halladas en Itálica, y faltan datos para formular juicio particular acerca de la que contuvo el ataúd de plomo, cabe concluir, sin extenderse en más prolijas consideraciones, que las sepulturas de la Alcantarilla, y especialmente la en que estuvo el cráneo perforado, no fueron violadas, ni hay motivo para pensar que se haya alterado intencionalmente su primitiva disposición.

2.º Los muertos *¿fueron enterrados con ataúd?* Respecto á uno de ellos es imposible la duda, pues aún se conserva el de plomo que lo contenía. En cuanto á los demás hay varias razones para inclinarse por la negativa, que son: la falta absoluta de fragmentos metálicos y de madera que se puedan atribuir á cajas funerarias; la estrechez de los sepulcros construídos, y la posición de uno de los esqueletos.

La madera enterrada resiste en circunstancias favorables muchos siglos antes de destruirse por completo, y no sería aventurado suponer la combustión lenta de maderas y la conservación muy prolongada de la materia carbonosa resultante, considerando

la humedad del subsuelo ribereño del Guadalquivir; pero esto y la falta de fragmentos de ataúd es insuficiente para negar que los cadáveres de Itálica estuvieron encerrados en féretros de tablas, pues cabe siempre la destrucción total de la materia leñosa, ó que las partículas negruzcas que constituyeran sus únicos vestigios hubieran pasado inadvertidas á los exploradores, aun siendo tan expertos como fueron. Lo que no parece ya tan admisible es que la clavazón empleada de ordinario en la factura de cajas bastas de madera, como habrían de ser las destinadas á cadáveres de pobres, haya desaparecido también completamente, sin dejar vestigios, aunque fueran dudosos; y, no pudiéndose considerar como tales el clavo de cobre que perforaba un cráneo ni el de hierro de unos 20 cm. de largo y casi 1 de grueso, hallado entre los pies de otro esqueleto, porque tan gran tamaño lo hace impropio para clavar tablas de ataúdes, habrá que sospechar con fundamento que nunca se pusieron éstos en las tumbas.

A esa misma consecuencia nos conduce la escasa anchura de la que medí en Enero; pues la piedra más grande de cubierta sólo tenía 50 cm. de ancho, y como descansaba por sus bordes en los muros laterales de la sepultura, se reduce á poco más de 40 el espacio comprendido entre ellos, que es el preciso para contener el cadáver, sin que apenas quede sobrante para las tablas del féretro, aun en el caso de que estuviera éste ajustado á la anchura del cuerpo con sus ropas. Basta ver la amplitud de nuestros nichos actuales y compararla con la de sus equivalentes en Itálica, para comprender que no estaban los últimos destinados á contener cuerpos con féretros, sino á servir ellos mismos de ataúd, imitando así los labrados en la roca viva y los construídos con piedras excavadas, que tan á menudo se encuentran en los cementerios merovingios.

Por último, el esqueleto que yo he visto en Enero no estaba exactamente en medio de la fosa, sino que el húmero izquierdo tocaba casi al muro de su lado; y aunque se admita la influencia de movimientos en la tierra que llenó la sepultura, es inadmisible que en tan pequeño espacio y entre paredes resistentes pudieran ser tan enérgicos y extensos como sería preciso para que se dislocara en masa un cadáver contenido en su ataúd; y si los mo-

vimientos del terreno fueron ulteriores á la destrucción de éste, no se comprende el arrastre del esqueleto hasta tocar el muro, sin cambio en las posiciones relativas de los huesos.

Por débiles que sean los razonamientos apuntados, su concordancia inclina el ánimo á pensar que los muertos enterrados en Itálica lo fueron sin ataúd, como sería costumbre general entre las gentes pobres ó de mediana posición hace más de diez siglos, y aún lo es en muchos pueblos al presente.

3.° *¿Fueron terraplenadas las fosas en el momento de la inhumación?* Es decir, ¿hubo verdadero enterramiento, ó se depositaron simplemente los cadáveres en el fondo de las sepulturas y se cerraron éstas, quedando un espacio hueco alrededor de cada cuerpo?

Si estuviera probado que las inhumaciones descubiertas en Itálica datan de los siglos V y VI, se podría contestar que sólo hubo depósito de cuerpos en las fosas, sin relleno inmediato, por analogía con lo observado en cementerios de los mismos siglos, donde los rellenos de las cajas de piedra mortuorias son siempre consecutivos á fenómenos naturales curiosísimos estudiados sagazmente por Broca (1), y á semejanza de las prácticas cristianas en las catacumbas donde los cuerpos eran depositados en los *loculi*, como un vivo en su lecho, esperando en el sueño de la muerte la hora de la resurrección; pero como la fecha de las sepulturas de Itálica sólo es conjetural, y no es lícito en buena lógica apoyarse en tan poco seguros fundamentos para edificar nuevas hipótesis, veamos si la interpretación directa de los hechos permite contestar la interrogación propuesta.

Al limpiar la calavera de Itálica de la tierra que la envolvía y la rellenaba parcialmente apunté dos datos de algún interés. Es uno el que la parte derecha del agujero occipital estaba rota, un fragmento considerable del mismo hueso se hallaba hundido en el interior del cráneo y una masa de tierra fina rellenaba la parte posterior derecha de la cavidad, ofreciendo hacia el resto desocupado de la caja ósea una superficie perfectamente plana. De

(1) BROCA: *Sur l'état des crânes et des squelettes dans les anciennes sépultures.* (Bulletin de la Soc. d'Anthropologie de Paris, 1864, t. V, p. 64.)

esta disposición del relleno intracraneal se infiere: 1.°, que el agente impulsor de la tierra invasora hacia el interior del cráneo fué el agua, puesto que allí quedó la masa térrea aposada y en sedimento plano, en vez de formar talud semicónico desde la abertura hasta el fondo de la cavidad, como sucede cuando es polvo seco el que se desliza, poco á poco, empujado por las nuevas tierras que van llenando la sepultura gradualmente; 2.°, que la inundación de la fosa debió sorprender al cráneo apoyado sobre la parte posterior derecha de su base, es decir, sobre la zona ósea rota y hundida quizás por el peso de las tierras que sobre ella gravitaron al través del resto de la calavera, pues sólo así pudo ser horizontal la superficie de sedimentación y que, por lo tanto, el eje principal del cráneo estaría inclinado oblicuamente desde el fondo á la boca de la sepultura, desde el extremo de la cabecera hacia el de los pies, y desde el lado izquierdo hacia el derecho, ó bien, que la mirada, si aun hubieran quedado los ojos en sus órbitas, estaría dirigida hacia un punto existente á los pies, por encima y á la derecha de la fosa; y 3.°, que la inundación presunta debió actuar sobre una excavación sin tierra y sólo depositar en ella las materias que trajera el agua en suspensión; pues de encontrar la sepultura llena ya, ó sólo se hubieran sedimentado nuevas capas por encima, ó encharcándose la tierra preexistente, se habría filtrado el agua como por una esponja, sin producir notables modificaciones.

El otro hecho á que antes aludí consiste en el crecido número de pequeñas conchas de moluscos que hallé mezcladas con la tierra adherente á la calavera y metidas en las más profundas sinuosidades de ella, hasta en las celdas y senos de los huesos faciales. En una masa de tierra que no llegaría á 2 dm.^{3} de volumen, encontré un centenar de conchas de dimensiones variables entre 1 y 8 mm., pertenecientes, según el sabio malacólogo doctor Hidalgo, á las especies *Helix barbara,* de Linneo, *Helix apicina*, de Lamarck, *Ferrusacia Gronoviana*, de Rizzo, y una *Hyalinia*, especies todas terrestres, fitófagas y que viven ordinariamente en las plantas ó escondidas en lugares húmedos y sombríos.

Aunque la abundancia y profunda situación de las conchitas parecían exceder á lo observado en casos semejantes, no les

hubiera dedicado especial estudio si en una nota del Sr. Bonnemère, presentada á la Sociedad de Antropología de París en su sesión de 4 de Junio de 1896, no se afirmara que la existencia de caracoles dentro de ciertas tumbas antiguas es indicio de que los sujetos inhumados en ellas pertenecieron al rito cristiano y no al pagano; pues, según Martigny (1), los caracoles fueron símbolo de la resurrección en los primeros tiempos del cristianismo y, como símbolo, fueron depositados intencionalmente en algunos sepulcros, de lo que es prueba el de San Eutropio, descubierto en Francia.

Pero dejando íntegra á los arqueólogos la cuestión de si realmente tienen los caracoles valor simbólico y pueden servir de guía para inducir el carácter y circunstancias de una tumba (2), en el caso presente, se puede afirmar que las conchitas contenidas en la calavera de Itálica no fueron puestas allí, ni en la tierra que las envolvía, por obra intencional humana, sino que, á semejanza de lo observado en otras muchas sepulturas, se debió su presencia á fenómenos naturales, no muy raros. Y me fundo para negar la intervención deliberada del hombre en el hecho de que se trata en que los caracoles recogidos por mí son muy pequeños para que fueran verosimilmente buscados con objeto de cumplir algún rito funerario, en una localidad donde abundan los caracoles grandes comestibles, iguales ó muy parecidos á los que ha encontrado Bonnemère en antiguas sepulturas francesas (*Helix pomatia* y *Helix aspersa*), y además, en que conchas de las mismas especies yacen hoy en gran número sobre el suelo de Itálica, en todo el grueso de las capas de tierra acumuladas en Alcantarilla, y hasta en la argamasa del circo, de donde extraje algunas, no sin dificultad por lo muy adheridas que se hallaban; todo lo cual prueba que antes, como ahora, abundaron en la comarca los moluscos, y que en casi todas partes se podrán

(1) MARTIGNY: *Dictionnaire des antiquités chrétiennes*. Artículo *Coquilles*, pág. 206.

(2) Según informes de los Sres. Fernández López, inteligentes exploradores de la necrópolis de Carmona, se hallan en ésta caracoles semejantes á los de Itálica, alrededor de los objetos funerarios, dentro de los vasos para libaciones y hasta dentro de urnas cinerarias cerradas, donde no se comprende cómo pueden haber penetrado sin intervención del hombre.

encontrar allí sus conchas, sin que las haya depositado el hombre deliberadamente.

Mas no basta saber que fué un fenómeno natural el que fijó los caracoles en el cráneo perforado, sino que interesa analizar ese fenómeno por si ayuda á descubrir algún detalle de la inhumación.

De tres modos pudieron las conchas llegar á los senos de la calavera: por existir ya en la tierra extraída para cavar la fosa y arrojada luego sobre el cadáver, en cuyos huecos se irían introduciendo poco á poco, gracias á la blandura del terreno, encharcado con frecuencia; ó por arrastre de tierra y conchas en alguna inundación, que invadió la fosa sin terraplenar y la ocupó total ó parcialmente; ó porque, estando la tumba en hueco, los moluscos vivos pasaron, según costumbre, entre las piedras mal ajustadas de la tapa, en busca de lugar hondo, húmedo y sombrío, y acaso anidaron en los senos de la calavera denudada y permanecieron allí hasta que una brusca inundación los enterró en el légamo y fijó sus conchas en los huecos profundos que habitaron.

La hipótesis más satisfactoria es la de que, pasado el período de la putrefacción cadavérica, entraron los moluscos vivos en la tumba y se alojaran entre los huesos de la cara, insinuándose por aberturas apenas suficientes para darles paso, de modo análogo á como llegan á esconderse debajo de piedras, donde parece imposible que alcanzaran, y los malacólogos se maravillan de encontrarlos, y por mecanismo semejante al que permitió á un caracol fluviátil alojarse en el conducto medular de un fémur entero de caballo, penetrando por el agujero nutricio, caso curioso observado por George Ponchet en los alrededores de Roüen. El que las conchitas del cráneo de Itálica pertenecieran á cuatro especies diferentes no se opone á su convivencia en la misma fosa, porque aquellas no son antagonistas, y porque se citan casos análogos en malacología; y el que se encontraran individuos pequeños en período de crecimiento y mayor número de conchas en la tierra pericraneal que en los terrenos inmediatos se comprende bien, admitiendo que los moluscos anidaran en los huesos y junto á ellos quedaron enterrados por el légamo de una brusca inundación.

Pero que haya sido ésta la que llevara las conchas de los moluscos muertos ó simplemente la que los enterrara estando vivos, importa poco, porque en ambos casos hubo de estar la sepultura en hueco para que fuera eficaz la inundación, y el problema, por lo tanto, se reduce á saber si el encharcamiento de la fosa terraplenada pudo determinar movimientos interiores de transporte en la masa térrea del relleno que condujeran las conchas allí existentes hacia la cabeza del cadáver, las acumularan con preferencia á su alrededor y las introdujeran hasta en los senos más recónditos del cráneo.

Carezco de suficientes datos para resolver este punto concreto, á pesar de haberlos buscado por la vía experimental (1), única aplicable al caso; mas aunque la experimentación probara que un cráneo enterrado obra como un filtro que detiene los cuerpos ligeros, emigrantes á través del terreno, siempre sería más eficaz esta acción tratándose de arrastres por corrientes acuosas vivas, que no en los casos de simple encharcamiento, por muy prolongado que se suponga, y siempre parecerá más verosímil la hipótesis de una inundación en la sepultura de Itálica sin terraplenar, que no la del efecto de aguas tranquilas sobre el relleno primitivo de la fosa.

De esta prolija discusión resulta, en suma, que no hay absolu-

---

(1) En una pila con el desagüe abierto, puse una mezcla de arena y arcilla, en partes iguales, añadiendo á cada decímetro cúbico un número determinado de caracoles pequeños, perlitas de cristal y cuentas de azabache; enterré un cráneo seco en la mezcla, imitando la actitud en que debió estar el de Itálica; sembré perdigones y monedas en la superficie del terreno preparado; lo empapé de cuanta agua pudo recibir durante quince días, aguardé otros tantos á que se enjugara la masa encharcada; lavé aparte cada decímetro cúbico de tierra para contar los objetos que aparecieron y examiné especialmente la cavidad del cráneo y la tierra que se hallaba junto á él. El experimento no ha resultado concluyente ni mucho menos; la crítica severa de sus circunstancias le priva de casi todo su valor; pero sin perjuicio de lo que otros experimentos mejor ideados demuestren, éste inclina á pensar: 1.º, que durante un mes, la repleción del cráneo por la tierra mojada es casi nula; 2.º, que los objetos pesados se hunden muy poco mientras no hay corrientes vivas de agua ó remociones mecánicas del terreno; y 3.º, que el encharcamiento por cuatro semanas no cambia sensiblemente la posición de los objetos ligeros enterrados. Tengo en curso otros experimentos en circunstancias variadas y con aplicación posible á investigaciones arqueológicas; pero aún pasarán algunos meses antes de que se puedan conocer sus resultados.

ta certeza de si el sujeto de Itálica fué ó no cubierto de tierra en el acto de la inhumación; pero que, por varios indicios, es más probable la conjetura de que sólo fué depositado en la fosa, y el enterramiento ocurrió después por la acción lenta ó rápida de fenómenos naturales, ajenos á la voluntad humana.

Circunstancias orgánicas del sujeto á que perteneció el cráneo perforado de Itálica.

Las principales de estas circunstancias son: el sexo, la edad y la raza, pues la perforación de la calavera merece un párrafo especial.

Sexo.—La impresión que produce en conjunto la calavera de Itálica es la de que perteneció á un varón, pues el volumen y el peso totales, la aspereza de las superficies de inserción, la amplitud de las cavidades aéreas de la cara y el gran desarrollo del aparato masticador, concurren á darle aspecto masculino bien marcado. Confirman tal determinación sexual: el relieve más que mediano de la glabela ó entrecejo; la curva casi regular y continua de la frente, sin la disposición vertical y quebrada tan común en la mujer, y la vaguedad y escasa elevación de las bolsas frontales; la robustez del arco supraorbitario y de la apófisis orbitaria externa; el considerable tamaño de la apófisis mastoides y el gran relieve de la cresta supra-mastoidea, sin que ninguno de los otros rasgos morfológicos, de valor secundario, utilizables en el diagnóstico del sexo, ofrezca carácter femenino que suscite dudas.

La relación ponderal del cráneo y la mandíbula inferior, es inaplicable á este caso; pues, aparte de las alteraciones íntimas que el tejido óseo del primero haya sufrido por la acción del tiempo y el ambiente con más energía que la segunda, alterando la relación del peso entre los dos, faltan al cráneo muchos fragmentos y han sido reemplazados otros con cartón-piedra al restaurarlo, de modo que es ya imposible calcular su verdadero peso; pero aun así, juzgando por el actual y teniendo en cuenta todas las causas de error, es indudable que la mandíbula constituyó en el esqueleto reciente más del 9 por 100 del peso del crá-

neo, que es la relación ponderal hallada por mí en las mujeres contemporáneas de Sevilla, relación que es, por cierto, bastante menor que la señalada por Gurrieri y Masetti, en su reciente trabajo sobre 200 cráneos italianos de la Emilia.

En cuanto á las diferencias sexuales del índice parietal, estudiadas por Hollander en Alemania del Norte, no parece que puedan admitirse como exactas para todos los países y, desde luego, en la corta serie de cráneos sevillanos que poseo son las mujeres, al revés que en Prusia, las que presentan el parietal más alargado, relativamente, que los hombres; de modo que el índice alto (89,60) sería carácter masculino entre los actuales pobladores de Sevilla, y en tal supuesto, el cráneo de Itálica ofrecería extremado tal carácter, pues su índice parietal se eleva á 95,54.

Estimando el valor de los datos morfológicos, perfectamente acordes, interpretando en lo posible los datos craneométricos por comparación con los de cráneos modernos sevillanos de sexo y procedencia indubitables, y sabiendo que el ilustrado médico D. Manuel Fernández reconoció formas varoniles en el esqueleto del tórax y de la pelvis y en los fémures, se puede afirmar con toda la certeza que este género de determinaciones permite, que la calavera de Itálica perteneció á un individuo del sexo masculino.

Edad.—Sabido es que no hay relación fija entre la edad civil de un sujeto, ó sea el número de años transcurrido desde el nacimiento, y la edad fisiológica, que es el período del ciclo vital en que se encuentre un organismo, y tampoco ignoran los biólogos que cada sistema orgánico y aun cada órgano, tiene su ciclo evolutivo propio, sin que haya perfecto isocronismo entre las fases por que pasan las diversas partes de un mismo individuo. De aquí resulta que el examen de una calavera no puede conducir más que á la determinación aproximada de la edad fisiológica á que llegó la calavera misma, la inducción probable de la edad fisiológica alcanzada por el sujeto cuyo cráneo se examina y la conjetura siempre incierta y vaga de la edad civil ó número de años que el sujeto hubiera vivido.

La caja craneal del individuo exhumado en Itálica, tiene los caracteres de la edad adulta porque ofrece soldada la sutura basi-

lar, en lo que se reconoce que pasó con creces de la juventud, y no presenta indicio alguno de haber empezado á soldarse ninguna de las otras suturas, con lo que se prueba no haber llegado el cráneo todavía á la edad madura. El estuche óseo del cerebro hubiera podido ampliarse aún, gracias á la no osificación de las suturas; luego el cerebro mismo se encontraba en estado de seguir creciendo; pues cuando cesa el incremento del centro nervioso, se obliteran las uniones de las piezas óseas que lo guardan. Ese período de la vida craneal en que se encuentran ya fijadas las formas y las proporciones, por la consolidación de la base, y aun cabe aumento en el volumen, por la dilatabilidad de la bóveda, se extiende por lo común, en los varones incultos de nuestro pueblo, desde los 20 á los 30 años; pero en bastantes individuos se prolonga más allá de los 40 y aun puede en unos pocos durar por excepción indefinidamente, como si el cerebro no envejeciera en ellos.

El examen de la bóveda del cráneo induce á pensar que el sujeto de Itálica, si no fué de condición excepcional, debió morir entre los 25 y 30 años y, por otra parte, el atento examen de la cara desvanece la sospecha de que el sujeto fuera de condición excepcional, por lo que al desarrollo del cerebro se refiere.

En efecto, cuando un cráneo conserva, por singular privilegio del cerebro que contiene, los rasgos juveniles hasta después de la edad media de la vida, se rompe la armonía entre sus caracteres propios y los que denuncian el período de madurez y aun de senilidad en que, á la misma fecha, se encuentran ya los órganos de la vida vegetativa, puesto que entre ésta y la vida intelectual no suele haber paralelismo y la prolongación de la plenitud en la última suele coincidir con la decadencia precoz de la primera. Mas la cara, y especialmente el aparato masticador, que se rige por las influencias de la nutrición y que se desenvuelve fuera de las influencias cerebrales, ofrece en la calavera de Itálica un desarrollo excesivo y todas las señales de encontrarse en el apogeo de su particular ciclo evolutivo. El sujeto murió sin duda con las mandíbulas pobladas por una hermosa y completa dentadura; de las cuatro muelas últimas ó del juicio se conservan aún las dos inferiores bien desarrolladas y los alvéolos don-

de se implantó la superior derecha, y si no sucede lo mismo en el lado izquierdo es porque falta la parte de maxilar correspondiente; las coronas de todos los dientes presentan aún visibles sus relieves, apenas desgastados, y las superficies de inserción en la mandíbula y en las fosas temporales denuncian la robustez de músculos masticadores poderosos. Luego la cara está, como el cráneo, en el período de mayor vigor, que generalmente se disfruta entre 25 y 35 años, y es, por tanto, legítimo inducir que las funciones de nutrición se hallaban también en todo su apogeo, y que el sujeto de Itálica no tenía por excepción un cerebro joven en un cuerpo caduco, sino que, ajustándose á la regla general, era, por el cráneo y por el cuerpo entero, un hombre en la plenitud de sus energías, que quizás muriera hacia los 30 años.

Raza.—Aunque no se conociera la procedencia del cráneo que estudiamos ni tuviéramos dato alguno, aparte de su conformación, que indicara la raza á que pertenece, bastaría observar los rasgos de conjunto para clasificarlo desde luego entre los de raza blanca: su dolicocefalia bien caracterizada lo distingue de los cráneos mongólicos y de los nigríticos braquicéfalos; su leptorrinia y su prognatismo, casi nulo, lo diferencian bien de los cráneos nigríticos dolicocéfalos; y su gran volumen, el desarrollo general de las curvas y la complicación de las suturas, indican á la simple vista que la calavera de Itálica es de raza blanca, como por su yacimiento y por la índole de la población casi exclusiva en nuestro país desde los tiempos históricos podía ya presumirse.

Más difícil es determinar la variedad étnica antigua y contemporánea á que más se parezca nuestro cráneo, por ofrecer éste algunos caracteres poco acentuados y otros comunes á diversos tipos ó particulares á varios de ellos, según ocurre por lo común en individuos de razas mixtas, resultantes de infinitos cruces entre elementos étnicos distintos.

De las razas prehistóricas sólo puede interesarnos la comparación del cráneo de Itálica con el de las dolicocéfalas que existieran alguna vez en la Península, caracterizadas por los cráneos típicos extremados de Neanderthal y Cro-Magnon.

Ciertamente es grande la diferencia entre el aspecto bestial del cráneo neandertaloide y el conjunto regular, elevado y hasta

hermoso de la calavera italicense; pero en medio de los perfeccionamientos que el progreso orgánico determina en la arquitectura craneal de las razas modernas y civilizadas, quedan siempre vestigios del primitivo plan de construcción, fijados por la herencia desde los tiempos más remotos, y tales vestigios son en nuestro caso numerosos é importantes.

Los principales rasgos de semejanza consisten: en el gran desarrollo de los senos frontales que miden 17 mm. de adelante atrás en el cráneo perforado, ó sea lo mismo que en el prehistórico de Canstad; la forma algo aplanada y oblicua de la frente; el rebajamiento general de la curva mediana de la bóveda, combinada con la franca dolicocefalia, y la gran prominencia occipital en forma de casquete. Aún hay otros rasgos secundarios de semejanza con el tipo neandertaloide como: el escaso relieve de las abolladuras frontales y parietales, la pequeña elevación del tercio superior de la sutura formada entre estos huesos, lo poco marcado de las líneas temporales y del inio, lo rebajado de las curvas que describen las citadas líneas, la considerable altura relativa de las órbitas, el gran desarrollo de la cara y el grueso extraordinario de la mandíbula inferior, contrastando con el escaso relieve de las líneas maxilares oblicuas y de las apófisis geni.

Enfrente de esos rasgos de semejanza hay otros de diferencia como: la falta de notable depresión supraglabelar y la gran capacidad del cráneo, explicables por la evolución más avanzada del cerebro; la falta de arcos superciliares muy salientes, el contorno rectangular y el área nada excesiva de las órbitas, la escasa propulsión de las apófisis orbitarias externas hacia afuera, y la leptorrinia, relacionados con el desarrollo menor, por menos necesario, de los aparatos sensoriales; y por último, el prognatismo casi nulo, la no conformarción del arco alveolar superior en herradura, la pequeñez relativa del quinto molar, la agudeza del ángulo sinfisio por el relieve del mentón, y la altura casi uniforme del cuerpo de la mandíbula inferior, rasgos todos del aparato masticador que denuncian la influencia secular de un régimen alimenticio menos grosero que el de las razas primitivas.

Si comparamos ahora nuestro cráneo con el del viejo de

Cro-Magnon del que se tienen datos métricos bastantes, se repara en seguida, según demuestra el apéndice II, que las diferencias entre muchas dimensiones absolutas son bastante grandes y á veces contradictorias, como sucede con las anchuras de la cara, mayores en el viejo, según corresponde á su gran corpulencia, mientras las alturas de la misma son por el contrario más pequeñas que en la calavera perforada. Los caracteres descriptivos y algunos índices son más elocuentes todavía; pues el abombamiento frontal del viejo cazador de la Vézère contrasta con el contorno rebajado de la frente de nuestro joven ribereño del antiguo Betis; las curvas frontal y parietal sumadas del primero constituyen el 68,6 por 100 de la curva mediana, mientras que las del segundo sólo forman el 63 por 100, con una curva occipital que, por compensación, resulta enorme; la forma rasgada de la órbita y el índice orbitario (61,63) tan característicos de aquél, difiere extraordinariamente de la forma casi cuadrada y el índice á 89,47 de éste; y las proporciones de la cara, ancha y de poca altura en el uno, que tan notable desarmonía producen con su cráneo, son inversas á las de la cara más alta y más estrecha del otro, cuyo esqueleto craneo-facial es prolongado y armónico en sus dos segmentos. Solamente la forma del mentón, la abertura del ángulo sinfisio y las proporciones de la rama de la mandíbula coinciden en ambos ejemplares; pero la especie de autonomía fisiológica de que goza el aparato masticador, disminuye el valor étnico de sus caracteres, y aunque lo tuvieran de primer órden no compensarían jamás la clara significación de la desarmonía craneo-facial, la pequeñez de los índices orbitario y de la cara y la forma de la frente, que caracterizan al viejo de Cro-Magnon y lo distinguen con toda evidencia del joven de Itálica.

La conclusión resulta clara: el cráneo que estudiamos se parece más á los de la raza cuaternaria de Neanderthal que á los del tipo Cro-Magnon, y admitida la interpretación de las diferencias con aquella como efecto del mejoramiento progresivo de la raza, es racional inclinarse á considerar el sujeto de que se trata como descendiente muy perfeccionado de los primitivos habitantes neandertaloides de nuestra Península.

Que estos habitantes existieron, lo demuestran el famoso cráneo

de Forbes-Quarry en Gibraltar, que se estima como tipo de la raza, y de la cueva Genista, en la misma localidad, mas algunos huesos de los encontrados por Macpherson en la cueva de la Muger, que son clasificados como pertenecientes al mismo tipo por los autores de la Crania étnica. Es muy notable la coincidencia entre las medidas del cráneo perforado y las de los dos de la cueva Genista de Gibraltar, sobre todo el primero, según se puede comprobar revisando el apéndice II, y aun parece más notable la semejanza de formas leyendo la descripción de Broca (1) con nuestra calavera ante los ojos, pues aparecen en esta casi todos los caracteres señalados por el gran antropólogo francés en las de Gibraltar. Sabido es que estas últimas, aunque prehistóricas, son menos antiguas que la de Forbes-Quarry y que representan la raza mejorada ya por la cultura y acaso por el cruce con algún otro elemento étnico más adelantado, de lo que, vista la semejanza entre las calaveras de la cueva Genista y la de Itálica, se puede deducir que los principales perfeccionamientos de raza de Neanderthal fueron adquiridos ya en nuestra Península durante los tiempos más remotos, sin que después haya cambiado sensiblemente el tipo hasta el siglo v ni aun hasta el actual, pues Quatrefages y Hamy lo han reconocido en muchos ejemplares de nuestra población contemporánea (2).

Si comparamos ahora la calavera de Itálica con las descritas como tipos de las razas históricas que han dominado en nuestro suelo, encontraremos semejanzas y diferencias con cada una de ellas, insuficientes para admitir una filiación étnica determinada ni para negar en absoluto la influencia de alguna de esas razas en la producción de ciertos rasgos particulares.

Desde luego no resulta parentesco manifiesto con el cráneo fenicio, pues faltan la masaticefalia, el abombamiento temporal y la extraña asociación de un polo frontal dolicocéfalo con uno

---

(1) *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris.* Sesión del 18 de Febrero de 1869. Serie 2.ª, tomo IV, pág. 157. El diámetro antero-posterior está medido en los cráneos de Gibraltar desde el ofrio, por lo que resulta más corto que si se hubiera medido desde la glabela, como hoy se hace, y esto aumenta algo el índice cefálico.

(2) QUATREFAGES et HAMY: *Les crânes des races humaines.* Paris, 1888, pág. 34.

occipital de braquicéfalo, característica, según Bertholon, de dicho tipo (1).

Tampoco es asimilable el cráneo de Itálica al romano, persistente aún en el Lacio, según Nicolucci, pues no presenta el índice algo elevado, la frente recta, el occipucio plano, la cara triangular y ese aspecto de conjunto cuboideo observado por Rochet en los bustos auténticos de los personajes romanos más castizos (2).

Hay evidente parecido entre la curva mediana del cráneo italicense y la del franco-ripuario, representado como tipo germano de la época merovingia en las estampas 98, 99 y 100 de la Crania étnica; pero no se puede asegurar por eso que el sujeto de nuestra observación perteneciera á las gentes del Norte que invadieron la Península Ibérica en el siglo v; pues aparte del prognatismo, la mesorrinia y la forma prolongada de la rama mandibular, que marcan diferencias entre los dos sujetos, no son raros los cráneos de antiguos españoles, de curva parecida á la de antiguos germanos, como si en medio de los notables rasgos que separan los dolicocéfalos del Báltico de los del Mediterráneo, aún persistiera alguna semejanza en las grandes líneas, vestigio quizás de remotísimo parentesco entre las principales ramas de la raza blanca.

No corresponden las formas bastas ni el grosor de paredes de nuestro cráneo con las formas delicadas, la delgadez y la finura de las cabezas óseas semíticas y especialmente la de tipo árabe; y de dar al primero filiación africana sería entre los bereberes que tanta afinidad presentan con la población española de todos los tiempos, donde habría que incluirlo.

Y por último, la comparación de la calavera italicense con el promedio de 20 andaluces adultos contemporáneos y con el de 100 varones adultos nacidos en casi todas las provincias continentales, según se demuestra en el apéndice III, enseña con tal claridad, que son inútiles los comentarios, la coincidencia casi

---

(1) BERTHOLON: *Documents anthropologiques sur les Phéniciens.*—(Bulletin de la Société Anthropologique de Lyon; Julio 1892.)

(2) *Mémoires de la Soc. d'Anthrop.* de París, 1868, III, pág. 127.

completa de muchas medidas, especialmente las proporcionales, entre el ejemplar antiguo y los modernos de Andalucía, dentro de los límites naturales de variación que existen siempre, hasta en las razas más puras, y enseña también que no es muy considerable la divergencia entre el tipo andaluz, llamando así al determinado por las cifras medias de 20 casos auténticos, y el tipo español, mucho más abstracto aún, y teóricamente obtenido por el estudio colectivo de 100 españoles de todas las comarcas peninsulares, en número proporcional al de habitantes de cada una.

De este rápido análisis resulta que, por sus caracteres cefálicos, el hombre de Itálica se parece mucho á los que vivieron antes y después que él en el Mediodía de España; que debe considerarse más bien como indígena de la comarca en que se hallaron sus restos que como inmigrante exótico venido allí accidentalmente; y que el problema étnico de su filiación remota, confundido con el problema general de la etnogenia española, irresoluble hoy por falta de datos suficientes, puede, sin embargo, ilustrarse algo declarando que son más los rasgos de la raza neandertaloide que los de la de Cro-Magnon, apreciables en la calavera italicense, y que en medio de las numerosas influencias étnicas que se habrán ejercido en su genealogía y de las grandes mejoras alcanzadas con el tiempo y la cultura, aún se puede reconocer nuestro sujeto como un descendiente muy perfeccionado de los primitivos dolicocéfalos que en tiempos paleolíticos habitaron la Europa occidental.

Talla.—Desgraciadamente no se pudo medir estando entero el esqueleto, ni se han conservado huesos largos con que poder calcularla, y los únicos datos que acerca de la talla del sujeto enterrado en Itálica se tienen, son las medidas que el celoso médico-arqueólogo D. Manuel Fernández tomó del tronco y miembros extendidos, antes de la exhumación, y de la masa irregular constituída por la calavera con la tierra en que se hallaba envuelta. La talla calculada con estas medidas fué de 157 cm., según mis informes; pero evidentemente esa cifra es inferior á la efectiva, porque al restaurar la calavera se vió que tenía parte de la base rota, las primeras vértebras hundidas parcialmente en la cavidad craneal, y todos los fragmentos dislocados, de manera

que al restablecerlos á su posición natural, ganaba el trozo de esqueleto unos 3 cm. de altura.

La dislocación de los pies, dificultando el precisar la situación exacta de las plantas, los alabeos del eje del cuerpo efecto de la desigual consistencia del terreno y la destrucción de una vértebra, al separar sin cuidado la cabeza, pudieron influir tambien disminuyendo la talla calculable; y como los rasgos de la calavera corresponden á un hombre corpulento, que tendría el máximo grosor de partes blandas entre las piezas de su esqueleto, parece lo más racional atribuir al sujeto de Itálica una estatura comprendida entre 162 y 164 cm., esto es, muy poco inferior á la media actual en los varones de nuestro país.

Desarrollo cerebral.—Sólo puede hoy juzgarse del que tuvo el sujeto de Itálica por la capacidad y las dimensiones proporcionales de la caja ósea donde estuvo el cerebro contenido, y el análisis de datos tan insuficientes da resultados contradictorios; pues, por un lado, la capacidad, calculada según el método de Manouvrier, es 188 cm.^{3} mayor que la media de los varones españoles, calculada del mismo modo, y siempre excede 150 cm.^{3} la capacidad media obtenida por el Dr. Porpeta, cubicando más de 200 cráneos masculinos de diversas provincias. El cráneo del individuo que ahora nos interesa es, por lo tanto, mayor que lo ordinario; su cerebro debió ser también más grande y más pesado que lo correspondiente á la estatura, y ante esos datos se hallaría el ánimo inclinado á suponer en el misterioso sujeto que estudiamos aptitudes psicológicas superiores á las del común de las gentes de su tiempo y del nuestro, si la relación entre lo físico y lo moral fuera directa y rigorosa y si además la misma conformación de la cabeza no señalara en aquel sujeto algunos rasgos de inferioridad.

En efecto, es notable el que la anchura frontal máxima, las curvas frontal y preauricular y hasta la superauricular misma sean en absoluto menores que las dimensiones medias respectivas de los andaluces y del conjunto de los españoles, á pesar de que el cráneo es, en general, más pequeño en ambos grupos, y todavía resulta el hecho más notable comparando el valor proporcional de esas medidas, y de las otras que determinan el vo-

lumen de la frente, y recordando el considerable grosor de las paredes y el enorme desarrollo de los senos frontales, que tanto contribuyen á estrechar el espacio destinado á los lóbulos anteriores del cerebro.

Sin necesidad de muchos cálculos se ve claro en el cuadro del Apéndice III el considerable dominio que el polo occipital del cráneo italicense tiene sobre el polo anterior, considerados los dos en absoluto y comparando sus proporciones con las análogas de los cráneos modernos de nuestro país; y como es antigua opinión de los fisiólogos que en la corteza del lóbulo frontal residen las funciones más elevadas del cerebro, parece que la pequeñez de la frente debe estimarse como indicio de inferioridad psicológica.

No es prudente, sin embargo, conceder valor á tan vagas conjeturas, pues aún guarda el cerebro el secreto de sus localizaciones más interesantes, y porque si resultaran comprobados los últimos trabajos de Flechsig, habría que atribuir tanta expresión fisiológica como á la frente á la región parieto-occipital del cráneo, donde se aloja el centro cortical en que se asocian las sensaciones llevadas al cerebro por el tacto, la vista y el oído, que son los proveedores más activos de la inteligencia.

La del hombre de Itálica es, en suma, incalculable hoy ni aun dentro del campo ilimitado de las suposiciones, y lo más prudente es no atribuirle particularidad ninguna por lo que se refiere al desarrollo cerebral.

Circunstancias relativas á la perforación.

El agujero que da tanto interés á la calavera de Itálica atraviesa el parietal derecho á 1 cm. por encima de la escama temporal correspondiente y casi á igual distancia de los bordes anterior y posterior del hueso en que se encuentra; es de contorno irregular, redondeado por abajo y anguloso por arriba; mide 12½ mm. de delante atrás y 11½ de altura; está ensanchado hacia el exterior en forma de fosa, prolongada por delante y arriba, donde la pared craneal se reduce á la mitad de su grueso y conserva un contorno

bien recortado hacia el endocráneo, de lo que resulta bastante adelgazado el parietal en la parte anterior y superior del agujero, poco rebajado por detrás y con todo su grueso por abajo. No hay el menor indicio de fractura que arranque de la perforación, ni tampoco hay señales de haberse desprendido fragmentos de la lámina ósea interior ó vítrea en sus inmediaciones; pero los bordes mismos de la perforación están como limados por el roce y aun con trazas de haberse desmoronado partículas pequeñas en la mitad inferior, que ha sido la más expuesta al contacto con el clavo que se halló metido en el agujero.

Dicho clavo es de cobre, sin aleación apreciable con otros metales, según el análisis demuestra, y ofrece profunda alteración de su propia substancia, que en forma de corteza irregular, rugosa y bastante gruesa en varios sitios se halla transformada en oxicloruro de cobre hidratado (atacamita), según el Dr. Mourelo. Mide 88 mm. de largo, 4 de ancho en el promedio de su astil y 21 en la máxima dimensión de su cabeza; pero la longitud debió acercarse á 12 cm., si se consideran las líneas generales, prolongadas hasta su encuentro, más allá de la extremidad rota que reemplaza á la punta. El tallo es de cuatro caras, poco visibles hoy por la alteración química del metal, y está ligeramente doblado hacia la mitad de su longitud. La cabeza, irregularmente cuadrilátera, es aplastada, de factura basta, como labrada con martillo y sin bordes revueltos en forma de cúpula. Ni en ella, ni en las caras del tallo se descubre el menor indicio de marca, signo ni detalle alguno intencional, y tampoco es posible reconocer si la cabeza fué violentamente machacada por haber sido usado el clavo varias veces ó haberlo alguna vez introducido en materias muy duras. Aunque no se ha ensayado bien la resistencia, parece que el cobre fué templado, pues á pesar de su alteración presente no se dobla aplicando fuerza análoga á la que basta para doblar un alambre de igual materia y grosor equivalente. Por último, el peso es hoy de 14 gr., incluyendo las materias extrañas que en pequeña cantidad tiene adheridas.

El clavo pasa con holgura al través del agujero parietal donde estuvo metido, gira fácilmente dentro de él, habiendo contribuído quizás á ensancharlo y redondear parte de su contorno

después de la exhumación de la calavera, y corresponde, aunque imperfectamente, por la forma y tamaño de su cabeza á la fosa ó ensanchamiento irregular que presenta el agujero al exterior. Se ignora la dirección y la profundidad en que se hallaba introducido el clavo al exhumar la calavera.

La perforación ¿fué accidental ó intencional? Hay que hacer un esfuerzo para librarse de la sugestión que el clavo hallado dentro del agujero produce en el ánimo, para formular siquiera la pregunta, pues la tendencia á creer, sin más examen, que la perforación fué intencionada y hecha con el clavo es casi irresistible. Y, sin embargo, no existe dato alguno positivo para negar la posibilidad de que el cráneo tuviera ya un orificio patológico, y que durante la vida ó después de la muerte no se hubiera introducido en él un clavo con fines desconocidos.

Inducen á pensar que la perforación no existió previamente y por enfermedad, la falta de alteraciones morbosas apreciables en el hueso; la frecuencia relativa con que se encuentran en diversas localidades cráneos análogos al de Itálica, mucho mayor de lo que racionalmente debiera suponerse si se tratara de procesos patológicos; la localización de las perforaciones en la frente y las sienes, que se observa en la gran mayoría de los ejemplares conocidos, y hasta la forma y el tamaño del agujero del de Itálica que, contando con el deterioro causado por los siglos, guardan cierta proporcionalidad y relación con las dimensiones y forma del astil del clavo.

Pero aun siendo intencional la perforación, como parece casi evidente, y siéndolo, sin duda, la introducción del clavo ¿cómo se hizo aquella, clavándolo en el cráneo á la manera que se practica á diario en la madera, ó por algún otro procedimiento capaz de taladrar el hueso sin fractura? No se empleó en el cráneo de Itálica un desgaste parecido á aquel cuyas señales se descubren en los bordes de las trepanaciones prehistóricas, ni un ancho taladro semejante al moderno berbiquí, porque en ambos casos estaría adelgazada la pared en el contorno del agujero, y ya hemos dicho que, por abajo, conserva el parietal todo su grueso. Tampoco es verosímil que se emplearan varas metálicas enrojecidas por el fuego, hasta carbonizar todos los tejidos y perforar el

cráneo; pues, si las varas eran delgadas, se apagarían muchas veces antes de lograr el objeto, caso de que fuera posible conseguirlo, y no es de creer que se practicara tan larga y complicada operación, y si las barras metálicas incandescentes eran gruesas, la desorganización del hueso alrededor del orificio, indispensable para introducir el clavo, hubiera producido, combinada con la acción del tiempo, un agujero mucho mayor que el observado. Por exclusión, y después de meditar el caso, hay pues, que inclinarse á pensar que el cráneo fué atravesado directamente por el clavo, y como éste, aunque de cobre, está templado, es resistente y puede penetrar al través del hueso parietal con la misma facilidad con que clavaría hoy uno de hierro el que quisiere comprobar el hecho por sí mismo, se fortalece mucho la opinión formada en el primer momento de que la calavera de Itálica fué perforada por el mismo clavo que se halló con ella.

Y ¿cuándo se haría la extraña operación de hundirlo en la cabeza? Sobre este punto arroja la experimentación bastantes luces para afirmar que en todo tiempo pudo hacerse en rigor el clavamiento; pero que para hacerlo sin fracturas irradiadas, como en el caso de Itálica sucede, es necesario que conserven los huesos parte de sus humores y la cohesión normal, de modo que después de una prolongada inhumación es casi imposible atravesar las paredes de una calavera con punzón y martillo sin romperla como una granada, según lo he comprobado varias veces. Esto excluye la probabilidad, siempre remota, de que la perforación se practicara uno, dos ó más siglos después de enterrado el individuo.

Los cráneos extraídos de cementerios son, en general, mucho más frágiles que los macerados y secos; y como en éstos, sin alteración química ninguna de la substancia ósea y con toda la consistencia y solidez de que el cráneo es susceptible, he observado que el 60 por 100 de los clavos que introduje á martillazos por las sienes determinaron fracturas irradiadas, puede fundadamente presumirse que la mayoría de las calaveras colocadas en circunstancias análogas á las que concurrieron en el caso de Itálica se harían pedazos, si después de perder sus partes blandas se intentara taladrarlas golpeando sobre un clavo, y segura-

mente, si no se producían extensas fracturas, se desprenderíau astillas de la lámina vítrea ó interior del hueso perforado, pues no he visto faltar este fenómeno en ninguno de los cincuenta experimentos hechos en calaveras secas de varias procedencias. Esto limita mucho el tiempo en que la introducción del clavo pudo hacerse en la pieza osteológica de Itálica, que no tiene fracturas ni señales de haberse desprendido esquirlas interiores; y como además, para hacer la maniobra uno ó varios años después de la inhumación habría sido preciso violar la sepultura, y ya dijimos en el párrafo correspondiente las razones que se oponen á admitir tal supuesto, podemos deducir, con bastante confianza en el acierto, que nuestro cráneo no fué taladrado después de que se hubieran consumido las partes blandas del cuerpo. El atento examen de los otros casos ya conocidos, y la minuciosa indagación de todos los detalles en los que más adelante se descubran, fortalecerá quizás esta consecuencia, destruyendo la objeción que pudiera hoy hacérsele de que los cráneos con clavos aparecen á menudo sin fracturas, porque si las hubieran tenido se habrían deshecho fácilmente y no hubieran llegado sus restos á nosotros.

Pudo hacerse el clavamiento en fecha bastante próxima á la inhumación cuando el remover la sepultura no disloca los huesos, enlazados por sus partes blandas todavía, y puede la violación no dejar huellas; pero pensar que por error supersticioso, fanatismo ú otra zazón tan poderosa como ésta, haya sér racional que abra una tumba reciente, descubra el cadáver en plena descomposición, como á los pocos días y durante muchas semanas después de la muerte ha de encontrarse, penetre en la fosa, mueva con sus manos la cabeza hormigueante acaso de gusanos, la apoye sólidamente contra el suelo, hunda el clavo y reponga luego las losas de la tapa á su regular y primitiva posición para no dejar señales exteriores de su obra, es complacerse en pensar lo menos verosímil, no sólo por la perturbación, apenas concebible, que se atribuye al ejecutor de tan terrorífica tarea, sino porque esta misma es casi impracticable en el fondo de una estrecha sepultura, y porque, aun en el caso de que se hubiera realizado, es lo natural que la cabeza quedara descansando sobre el lado opuesto al en qué se hundiera el clavo, y precisamente en el cráneo de

Itálica sucedía lo contrario, pues se hallaba algo inclinado hacia la derecha, que es el lado donde tiene la perforación.

Resulta, pues, fundada la creencia de que ésta debió de hacerse durante la vida ó inmediatamente después de la muerte, antes de encerrar el cadáver en su tumba; y tal creencia se afirma sabiendo que sólo en dichas circunstancias se pueden introducir clavos sin producir fracturas ni arrancar esquirlas, á no ser por excepción, como lo he visto operando en veinte cadáveres humanos de varias edades y ambos sexos, y reparando en que los clavos se suelen encontrar en la frente ó en las sienes, que son los sitios donde la operación es más sencilla, previa la fijación de la cabeza viva ó muerta, y que esto, fácil de hacer estando el sujeto tendido sobre una mesa ó en el suelo, es bastante difícil si se encuentra depositado en el fondo de una sepultura.

No encuentro fundamentos bastantes para conjeturar si el sujeto de Itálica estaba vivo cuando le introdujeron el clavo, ó si se practicó la operación en su cadáver aún reciente; las dos cosas son posibles, é igualmente verosímiles, y sólo en el caso de que todos los cráneos perforados de que se tiene noticia hubieran presentado sus clavos en las sienes, como sucede en el de Itálica, habria motivo para inclinarse á creer que el clavamiento se hacía en vida, por estar la sien reputada en todos los tiempos como la región más peligrosa del cráneo, y ser naturalmente la preferida si era el objeto del operador causar la muerte.

Pero ¿es posible determinar cuál fué el objeto que se propusieron los antiguos al introducir clavos en la cabeza? Acaso lo sea cuando la observación minuciosa de muchos ejemplares y los trabajos de erudición en la materia den fundamentos bastantes á la crítica; pero, entre tanto, y por lo que se refiere al caso de Itálica, me parece imposible, y desde luego para mí lo es en absoluto, el llegar á una afirmación concreta, ni aun medianamente justificada. Séame, no obstante, permitido discurrir un poco sobre las hipótesis principales que pueden proponerse para explicar la perforación intencionada de los cráneos.

Todas pueden reducirse á dos: el que se trate simplemente de un suplicio, ó el que se inspire el clavamiento en alguna idea supersticiosa.

Desde el pasaje de la Biblia (1) en que se refiere la muerte de Sisara ejecutada por Jahel, que le introdujo por la sien un clavo de la tienda en que dormía el primero, hasta algún otro asesinato vulgar en nuestros tiempos, son bastantes los casos conocidos de instrumentos metálicos hincados en la cabeza por accidente ó con malicia; y basta citar los martirios de San Filomeno de Ancira en 275, Santos Victórico y Fusciano de Amiens en 287, San Severo de Barcelona en 303, aunque otros consideran ocurrido el suceso en tiempos de Eurico, y San Eudaldo de Ax, en Aquitania, el año 452, para dejar probado el hecho de que la introducción de clavos en la cabeza se aplicó á los reos durante las persecuciones generales de la Iglesia y hasta después de la caída del imperio romano, con motivo de las disensiones religiosas de los godos.

Los martirios citados enseñan, además, que no solía ser el clavamiento método regular de ejecución, pues San Filomeno fué crucificado primero, á San Eudaldo le dieron una cuchillada en el corazón, después de haberle hincado tres clavos en el cráneo, los mártires de Amiens fueron degollados después de meterles clavos incandescentes por las sienes, y á San Severo le alcanzaron sus perseguidores á dos leguas de Barcelona, cuando huía, y fué herido gravemente con un clavo, mas no muerto en el instante, pues la tradición refiere que los cristianos de Castro Octaviano, hoy San Cugat, aún le hallaron vivo y en estado de bendecirlos antes de morir. Y como aparte del caso del profeta Amós —del que los libros cuentan que fué martirizado por Osías, en Palestina, pasándole por las sienes un palo puntiagudo, después de lo cual fué enviado á su patria medio muerto,—hay otros casos indudables de haberse prolongado la vida, y además no es imposible la curación de traumatismos semejantes en excepcionales circunstancias, es de creer que el suplicio por los clavos no se empleara más que para complemento y acaso abreviación de otros suplicios que dejaran á la víctima casi moribunda, ó como uno de los medios expeditivos de ejecutar la sentencia cuando faltara comodidad para el ajusticiamiento solemne y según los

(1) *Sagrada Biblia*, libro de los Jueces, cap. IV, vers. 21.

mandatos de la ley. El ser de cobre el clavo en nuestro caso no se opone á esta idea; pues siendo empleada la clavazón de cobre en construcciones navales (1), nada tendría de extraño que abundara en un puerto fluviátil como Itálica.

Pero aunque admitamos como probables las presunciones expuestas, nada nos enseñan acerca de si el sujeto de Itálica fué ó no muerto con el clavo que se halló en su cabeza, y sólo sirven para inducir, con no mucho fundamento ciertamente, que si fué un reo, lo sería quizás de religión ó de crimen, perseguidos y castigados en conmociones populares ó por acción privada, más bien que por tribunales regular y ordenadamente establecidos.

En cuanto á las supersticiones que pudieron inspirar la práctica del clavamiento craneal, sería temerario enumerar las posibles y pretender señalar las más probables: que la variedad de las aberraciones y extravíos del espíritu humano es infinita y el absurdo los rige casi siempre.

Sin embargo, no se debe olvidar la significación simbólica del clavo, que desde los tiempos más remotos era atributo de las divinidades del Destino. Así Horacio lo pone en la mano de la Necesidad, á la que representa como compañera de la Fortuna; en un bello espejo etrusco se ve la Parca llevando un martillo en una mano y en la otra el clavo, que va á marcar la hora inevitable en que debe morir Meleagro, y en ciertos monumentos, para expresar un suceso realizado é inmutable, se figura la Victoria de pie ante un trofeo y en la misma actitud dicha. De los etruscos pasó sin duda la superstición á los romanos, entre los que debió ser muy popular, según atestiguan las numerosas locuciones adverbiales; y nadie ignora que desde los Tarquinos se clavaba un clavo en el muro de separación de las cámaras de Júpiter y Minerva, hacia los idus de Septiembre, es decir, cuando probable-

(1) Debo á la ilustración y amabilidad del Sr. Puch y Larraz la siguiente nota: «Los romanos no forraban con planchas de cobre sus navíos, sino que revestían la »parte del casco sumergida en el mar con una masa de alquitrán regularmente es»parcida, calafateaban bien las juntas del maderamen, compuesto por regla general »de pino y de ciprés, y sobre todo ello cubrían el casco de cueros, fijados con clavos »de cobre. Así se observó, hace algún tiempo, en una galera de Trajano, después de »catorce siglos de permanencia en el fondo de las aguas del lago Riccio.»

mente contaban los etruscos el fin de un año y el principio de otro; que se marcaban de igual modo los aniversarios de las fundaciones de templos, posesiones de cónsules, etc., y que en casos excepcionales se nombraron dictadores para clavar con grandes ceremonias el clavo que debía poner término á calamidades públicas, invencibles por medios naturales (1).

El plantar un clavo *(piaculum)* señala en todos estos casos una fecha importante, decisiva, la de un cambio radical de circunstancias, y tiene á la vez carácter de expiación por el pasado que cierra y de preservación para el porvenir, cuyo principio marca. Esas ideas son las que inspiraron sin duda la receta contra el gran mal ó epilepsia consignada por Plinio, que consistía en plantar un clavo de hierro en el sitio donde chocara la cabeza del enfermo en su primer ataque; y esas mismas creencias han hecho colocar clavos mágicos, con figuras ó inscripciones ó sin ellas, pero inadecuados para los usos ordinarios, dentro de tumbas, aun de la época cristiana, con el fin de proteger los restos allí depositados.

¿Sería fruto de superstición tan antigua y arraigada la práctica de marcar con un clavo en la cabeza la fecha más importante en la historia de un hombre, la del cambio radical y decisivo que cabe dentro de lo humano, la fecha de la muerte? ¿Representaría entre cristianos, no purgados de paganas supersticiones, la expiación de las culpas cometidas y el tránsito á otra vida de venturas? ¿Habría en ello, además, algún propósito de asegurar la realidad de la muerte misma, acentuando el carácter de necesidad y fatalidad que le distingue?

Acumúlense hechos; compárense las circunstancias; distínguase lo que haya de común y genérico de lo accidental y variable; estúdiese la difusión de los casos en el espacio y en el tiempo; regístrense los archivos del pasado y las huellas de antiguas supersticiones en el presente, y acaso se logre alguna vez hallar respuesta á las preguntas formuladas y á otras mil que

---

(1) Véase el artículo *Clavus*, del *Dictionnaire des Antiquités grecques et romaines*, por Daremberg y Saglio.

acuden en tropel, si se medita en el caso de Itálica: mas, por mi parte, el haberlas formulado es ya un exceso, pues me considero incapacitado hasta para plantear problemas de tal naturaleza y debo limitarme á resumir el escaso fruto del presente estudio.

Resumen.—Hacia el siglo v de nuestra Era hubo en Itálica un hombre de unos 30 años, de mediana estatura, bien conformado y de rasgos étnicos parecidos á los de la población masculina contemporánea de la comarca. Por causas desconocidas murió natural ó violentamente, y estando vivo todavía ó muy poco después de ocurrir la muerte, le introdujeron á martillazos, por la sien derecha, un clavo de cobre. Abrieron una fosa extramuros de Itálica, en medio de edificios arruinados, depositaron en el fondo el cadáver con su clavo y sin ataúd, y cubrieron la sepultura, sin llenarla de tierra previamente, con piedras extraídas de las ruinas inmediatas. Pasó tiempo, se descompusieron las partes blandas, penetraron por las junturas de las piedras moluscos de los que abundan en la localidad, cayó tierra por las mismas junturas, y las inundaciones del Guadalquivir acabaron de cegar la sepultura, fijaron las conchitas en las inmediaciones del cráneo, y fueron elevando el terreno lentamente, hasta dejar aquélla á metro y medio por debajo del suelo actual.

Harto sé que mucho de lo consignado en este resumen es indemostrable; pero también creo que lo sería mucho de lo que se expusiera en contrario; y conste que al trazarlo no he pretendido hacer afirmaciones, sino sistematizar una serie de conjeturas más ó menos fundadas.

Madrid, 31 de Marzo de 1897.

FEDERICO OLÓRIZ.

APÉNDICE I.

Descripción anatómica de la calavera perforada de Itálica.

Esta calavera comprende la mandíbula inferior y se halla bastante completa; mas, por la acción del tiempo y por pérdidas de substancia inevitables, acaecidas durante la limpieza y consolidación de los huesos, que estaban en muchos puntos fracturados y sólo sostenidos por la tierra de alrededor, actualmente presenta la calavera destruídas casi todas las delgadas láminas óseas que circunscriben las fosas y senos de la cara, parte del techo y suelo de las órbitas, los huesos nasales, el arco zigomático derecho y parte del occipital.

Para mantener sólidamente en sus posiciones respectivas los fragmentos de cara conservados se han sustituído con cartón-piedra las apófisis pterigoides, el fondo de las fosas caninas y parte del arco zigomático izquierdo, para cuya restauración se aprovecharon pequeños trozos naturales. También se han reparado con pasta de papel las porciones destruídas del occipital, incluso el cóndilo derecho y una sexta parte del contorno del agujero en su mitad izquierda. Al hacer las restauraciones indicadas se ha procurado con toda escrupulosidad fijar las piezas en su verdadera y primitiva posición, guiándose para ello por el ajuste de las superficies de fractura y la comparación con fotografías, hechas antes de que se hubieran separado los fragmentos, por lo que pueden estimarse como exactos los datos descriptivos ó métricos que después se consignen aunque se refieran á porciones de las restauradas, siempre que no se marque con signo de interrogación la duda que su exactitud inspire.

Los huesos están hoy bastante duros para que se pueda manejar la calavera con facilidad, pero aún se desmoronan y deshacen en pequeñas partículas, donde falta la capa exterior artificialmente endurecida. El color es gris terroso, con ligero brillo

debido á la restauración. La superficie de los huesos está como roída por surcos ramescentes en unos sitios, arrugas ó grietas poco profundas en otros y con aspecto general que recuerda el de la corteza resquebrajada de algunos vegetales. En gran parte, parecen estos surcos simple exageración de las asperezas que existen normalmente al nivel de las inserciones musculares y hasta suelen orientarse en el sentido de los hacecillos tendinosos; pero en otras partes, lisas de ordinario, como la convexidad del frontal y de los parietales, hay también surcos, que en algunos puntos se asemejan á la huella que hubieran dejado sobre el hueso las raíces más finas de las plantas; sólo la escama de los temporales permanece lisa.

Las fracturas recientes son de color amarillento, se adhieren á la lengua y permiten observar la arquitectura de los huesos, que es de mediana delicadeza, con láminas compactas bastante gruesas, tejido esponjoso abundante y trabéculas robustas, de modo que la pared craneal es de más espesor que lo ordinario, y la calavera completa es de construcción basta y maciza. El peso, contando la mandíbula inferior, es de 27 g. más grande que el término medio en España (687 g.) á pesar de las pérdidas de substancia que el ejemplar presenta; el volumen difiere poco del más común entre los varones adultos de nuestro país; y las formas generales son redondeadas y suaves en la bóveda del cráneo y, por el contrario, acentuadas y angulosas en la base del mismo y en la cara. La capacidad, calculada según el método de Smidt, con el coeficiente señalado por Manouvrier para los varones, es de 1.698 cm.^{3}, ó sean 188 más que el promedio de los españoles actuales; pero tal volumen del cráneo, grande en absoluto, no parece serlo relativamente al volumen de la cara, que es proporcionada al cráneo ó peca un tanto por exceso, sin que lleguen á ser sensiblemente desarmónicos los dos segmentos de la calavera.

La simetría es perfecta á simple vista, y se confirma comparando las medidas oblicuas en ambos lados, aunque algunas, que toman el basio como punto de partida, son de 1 á 2 mm. más largas á la izquierda que á la derecha; pues diferencias análogas existen en la mayoría de los cráneos normales, y las de este caso pudieran ser también debidas á algún pequeño defecto

en la reconstitución de la calavera ó en la restauración de su agujero occipital. No hay ninguna deformidad, como no sea ligera platicefalia, ni existen anomalías óseas dignas de mención.

Las suturas son en general sencillas, del núm. 2, según la escala de Broca, en los tramos convergentes hacia el bregma; del núm. 1, ó poco más, en el obelio y en las suturas del ala mayor del esfenoides; del núm. 3 en los tercios medios de la sagital y de la fronto-parietal de cada lado, y sólo alcanza la complicación al núm. 4, en la mitad externa de la sutura lambdoidea. Esta última es la más entreabierta, después de las témporo-parietales; las demás se hallan sólidamente encajadas, aunque sus dientecillos se encuentran algo desgastados hacia el exocráneo, y ninguna presenta señales de obliteración, excepto la esfeno-basilar, que tiene trazas de haberse soldado bastantes años antes de la muerte. Sólo hay un hueso wormiano, triangular, grande (12 por 17) entre el parietal izquierdo, del que parece ser un fragmento, y el ángulo entrante mastoido-escamoso.

Norma vertical.—Orientado el cráneo según el plano alveolo-condiliano y visto por arriba á medio metro de distancia, se observa el contorno horizontal, que es ovoide con el polo posterior redondeado y algo prominente; alcanza su anchura máxima al nivel del plano vertical retro-mastoideo, se estrecha luego poco á poco y siguiendo curvas laterales de gran radio, hasta el diámetro frontal mínimo, y por delante se cierra con una curva frontal transversa, elevada en medio por la forma abombada de la glabela, y casi deprimida en ambos lados, por el escaso desarrollo de los arcos superciliares.

En este contorno queda inscripto por detrás el vértice de la escama occipital, y fuera de él son visibles: por delante, fragmentos de nariz, una pequeña parte del borde alveolar y aun de los arcos sub-orbitarios, y por los lados solamente el grueso de los arcos zigomáticos.

Norma posterior.—Visto por detrás aparece el cráneo limitado hacia arriba por un extenso arco rebajado, y lateralmente por dos líneas casi rectas y verticales, que descienden hasta tocar el plano horizontal en el vértice de las apófisis mastoides. El contorno es comparable á la base de un paralelepípedo, un poco me-

nos alto que ancho, y con sus aristas redondeadas. La región obélica, visible por detrás, está aplastada; el lambda es algo prominente; la porción superior de la escama occipital se halla abombada como una bolsa; el inio es poco visible, lo mismo que las curvas de inserción, y existe ligero aplanamiento lateral por debajo y detrás de los asterios.

Norma lateral.—La curva sagital que forma su contorno empieza en el nasio con un abombamiento glabelar de mediano relieve con relación á su altura; luego se deprime un poco en el ofrio y sube en línea recta oblicuamente hacia arriba y atrás, hasta el metopio, donde se hace más curva y más oblicua todavía, pero siempre en la misma dirección, de modo que el metopio corresponde al vértice, poco visible por lo redondeado, de un ángulo muy obtuso de seno postero-inferior. La curva sagital, rebajada y oblicua en la frente, se hace horizontal desde un centímetro por delante á tres por detrás del bregma, donde empieza la línea á descender, insensiblemente al principio, y con inclinación de 45° en seguida, desde 3 cm. antes del obelio, hasta después del lambda. Allí se redondea la línea, como trazando el perfil de un casquete occipital sobrepuesto al polo grueso del ovoide, con el punto máximo posterior en lo más prominente del casquete, á unos 4 cm. del inio, y por último desciende desde éste con poco arqueamiento y mucha oblicuidad hacia adelante, hasta rematar en el opistio, formando un ángulo de vértice iniaco y 155° de abertura.

La línea temporal es poco marcada, queda bastante por debajo de la abolladura parietal y á 63 mm. del bregma. Entre éste y el estefanio se halla la sutura fronto-parietal, algo elevada, como un ligero rodete, más apreciable al tacto que á la vista. La fosa temporal es de mediana extensión, poco profunda y aun ligeramente abombada por detrás. El pterio es normal en ambos lados y de 13 mm. de largo. Las suturas longitudinales entre los huesos superiores é inferiores de la fosa temporal no están en una misma línea casi recta, pues á pesar del deterioro de la escama, aún sobresale su contorno del nivel del pterio. En la sutura de la escama con el ala mayor del esfenoides, hay un relieve vertical muy considerable á la izquierda.

El arco zigomático es ancho y grueso, pero poco arqueado y sin tendencia á presentar revuelto ninguno de sus bordes. La raíz longitudinal ó posterior del arco, deprimida al pasar por encima del conducto auricular, reaparece luego en forma de cresta, que limita bien la fosa temporal hasta el asterio. Las apófisis mastoides son grandes y poco oblicuas abajo y adelante. El cráneo descansa sobre dichas apófisis, á la vez que sobre los cóndilos, con equilibrio posterior.

El perfil de la cara es poco saliente; la distancia entre los pies de los verticales alveolar y glabelar es sólo de 15 mm., y la espina nasal corresponde por su relieve al núm. 2 de Broca, sin que pueda juzgarse de la escotadura fronto-nasal, por faltar los huesos nasales casi totalmente. Las abolladuras frontal y parietal son muy vagas, y sus vértices, apenas determinables, se hallan en el mismo plano horizontal que el obelio. El ángulo facial de Camper es de 76° y el de Cloquet de 67°, según los trazados estereográficos. Los planos verticales y transversos que pasan por el bregma, por el basio y por el centro del conducto auditivo distan entre sí 2 mm., de manera que los tres puntos citados están aproximadamente comprendidos en el mismo plano.

Norma anterior.—Vista la cara de frente aparece larga, de contorno casi rectangular, con ligero ensanchamiento al nivel de los arcos zigomáticos y más desarrollo en la región maxilar que en la fronto-orbitaria.

La glabela, abombada y de contorno vago, se confunde con los arcos superciliares en forma de vírgulas que apenas coronan el tercio interno de las órbitas, faltando sobre el resto de los arcos supraorbitarios. Estos son muy rebajados, casi rectilíneos, con escotaduras en vez de agujeros, gruesos y terminados por apófisis externas robustas y poco desviadas hacia afuera. Las órbitas son medianas, de base cuadrilátera, angulosa, oblicua hacia atrás y afuera y con el contorno inferior más saliente que el superior. El espacio interorbitario es corto; las ramas ascendentes de los maxilares superiores están excavadas, y aunque falta gran parte de los huesos nasales, se ve que el esqueleto de la nariz debió ser saliente y anguloso. Tampoco está completo el contorno de la abertura nasal; pero las curvas que aún existen indican una

forma prolongada y estrecha, más bien que ancha y acorazonada; la espina nasal separa apenas, por un escaso relieve, las escotaduras inferiores, que son de bordes simples y cortantes. Los huesos maxilares son voluminosos, con fosas caninas de poca profundidad y arco alveolar bien desarrollado y muy poco saliente. Los pómulos son más bien grandes que pequeños, y el izquierdo, que es el único entero, dibuja el contorno facial anterior con ligera oblicuidad abajo y afuera desde el extremo del diámetro frontal mínimo hasta la terminación de la sutura máxilo-malar.

Norma basilar.—La bóveda palatina parece corta y ancha, quizás por el deterioro de una parte de su contorno; la profundidad es mediana, y en el fondo sólo se reconoce por el tacto un ligero rodete longitudinal á cada lado de la línea media. La forma del agujero occipital es debida en parte á la restauración, y parece haber sido pseudo-romboidal de cortas dimensiones. También los cóndilos debieron de ser pequeños y las asperezas para inserciones moderadas.

Mandíbulas.—La inferior es grande, pesada y muy gruesa, pues tiene 17 mm. en el mentón y 20 hacia los últimos molares. El cuerpo está arqueado, describiendo con su borde inferior una parábola de ramas muy divergentes (72°) y de aspecto anguloso, y con el superior, otra menos abierta y más redondeada.

La altura sinfisiaria del cuerpo (32°) disminuye sólo 3 mm. en los lados; el mentón es fuerte, en forma de triángulo de ancha base inferior (24 mm.), área saliente y vértice elevado hasta la mitad de la altura sinfisiaria, de lo cual resulta el perfil de la sínfisis bastante oblicuo hacia adelante y abajo, contrastando con la ligera proyección anterior de los incisivos y un ángulo alveolo-mentoniano de 67°. Los agujeros dentarios están muy separados; las líneas oblicuas externas son apenas visibles, mientras que las internas constituyen verdaderas crestas, que separan con claridad las fosas submaxilares y sublinguales en cada lado, y que rematan atenuadas en tres tubérculos geni: uno inferior muy perceptible al tacto, y dos superiores, elípticos y divergentes hacia arriba.

La rama de la mandíbula es ancha, con dimensión oblicua hacia el gonio, poco mayor (2 mm.) que la perpendicular á la altura; rugosidades medianas para la inserción de los músculos mas-

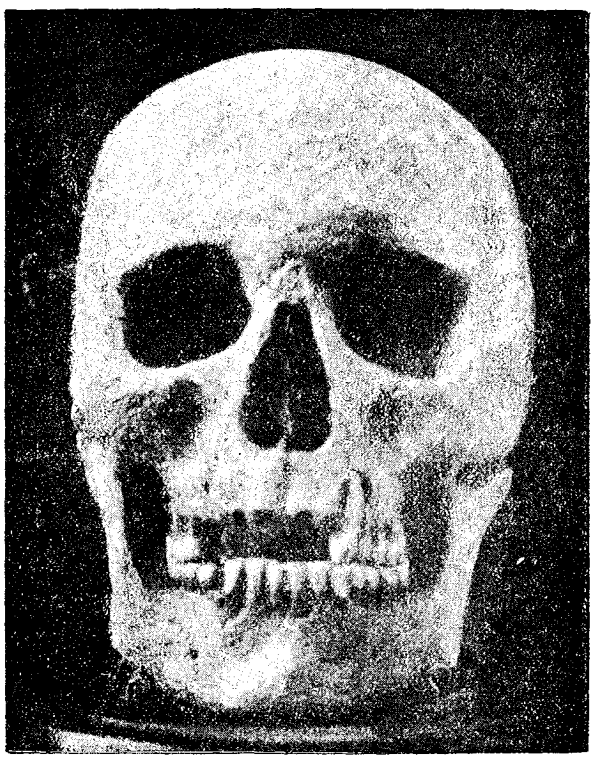
ticadores; apófisis coronoides triangular, gruesa, de eje recto y punta fuerte, mucho más elevada que el nivel del cóndilo; éste es bastante convexo y casi transversal; la escotadura sigmoidea intermedia á las eminencias referidas es cortante, poco arqueada y de concavidad superior-posterior; y, por fin, el ángulo del cuerpo con la rama es grueso, redondeado, poco obtuso (118°), con extroversión muy ligera y sin vestigio de apéndice lemurideo.

Se conservan todos los dientes inferiores, menos la corona del primer molar menor derecho, y la mayoría de los superiores, pues sólo faltan de ellos los cuatro incisivos, las dos últimas muelas y además el primer molar y la corona del canino derechos. Las coronas y dientes que faltan se debieron romper ó caer después de la muerte, pues todos los alveolos están abiertos, excepto el del quinto molar derecho, que se encontró destruído, á la vez que la parte del maxilar en donde estuvo, y porque al restaurar la calavera se observó en todos los dientes una fragilidad extraordinaria, que explica la rotura y pérdidas póstumas de dos coronas y de las demás piezas completas. Los arcos dentarios son muy regulares y encajan con perfecta exactitud, inscribiendo el superior al inferior, y avanzando ambos muy poco sobre el relieve general de la cara, sin rebasar la vertical mentoniana. El desgaste de las superficies triturantes corresponde al núm. 1 de Broca, y ha determinado el biselamiento de los incisivos inferiores hacia la cara labial de las coronas y la nivelación incompleta de los molares. Todos los dientes están sanos y blancos, son de mediano volumen, dirección vertical y formas enteramente normales. El tamaño de las muelas tercera y cuarta inferiores difiere muy poco entre sí, es algo mayor en las cuartas que en las terceras de arriba, y excede mucho el volumen de los quintos molares, que son pequeños, pero están bien desarrollados y presentan cuatro tubérculos apenas desgastados por el frote.

Endocráneo.—Su exploración por las aberturas naturales y por el fondo destruido de las órbitas, permite reconocer: los senos frontales muy grandes, con 17 mm. de extensión máxima antero-posterior y más de 40 en sentido transversal, con tabique mediano, incompleto y disimétrico, y otros indicios de tabicamiento secundario y con expansiones cavitarias hacia el techo de las ór-

bitas; la cresta frontal muy saliente, como una verdadera hoz osificada; todas las suturas sin soldar; falta de fositas para contener granulaciones de Pacchioni; surcos meníngeos normales; otros surcos ramificados, finos, discontinuos con los meníngeos, y más parecidos á huellas de raíces que de vasos; impresiones de relieves cerebrales poco profundos ó poco perceptibles; fosas occipitales superiores formando bolsas por encima y detrás de las cerebelosas; canal longitudinal continuo principalmente con el lateral derecho y cresta occipital interna bien formada, sin desdoblamiento ni foseta vermiana.

En resumen, la calavera de Itálica es incompleta, grande, armónica, dólico y algo platicéfala, lepto-prosopa, leptorrina, de órbitas megasemas, casi ortognata, de mandíbula grande y construcción maciza.



APÉNDICE II.

Comparación del cráneo de Itálica con otros antiguos.

MEDIDAS.		CRÁNEOS DE			
		NEANDERTHAL	GRO-MAGNON.	1.º GIBRALTAR.	ITÁLICA.
Diámetros.	Antero-posterior máximo.	200	202	185	194
	transverso máximo.....	144	149	139	145
	Basilo-bregmático.....	»	132	140	137
Curvas..	Frontal total.....	133	145	130	127
	Parietal.....	119	133	122	111
	Occipital.....	»	127	120	135
	Sagital.....	»	405	372	373
	Preauricular.....	»	279	236	240
	Horizontal total.....	590	568	525	538
	Superauricular.....	»	330	312	300
Anchuras.	Frontal mínima.....	106	103	98	101
	Biorbitaria externa.....	»	116	106	106
	Bizigomática.....	»	144	133	134
Altura...	Ofrio-alveolar.....	»	91	95	94
Índices..	Cefálico horizontal.....	72,00	73,76	75,13	74,74
	— vertical.....	»	65,34	75,67	70,62
	— transverso.....	»	88,59	100,72	94,48
	Facial de Broca.....	»	63,19	71,42	70,15
	Fronto-parietal.....	»	69,11	70,50	69,65
Nariz...	Altura.....	»	51	51	56
	Anchura.....	»	23	24	26
	Índice.....	»	45,09	47,05	46,43
Órbita...	Anchura.....	»	44	37	38
	Altura.....	»	27	34	34
	Índice.....	»	61,36	91,89	89,47

APÉNDICE III.

Comparación del cráneo de Itálica con otros contemporáneos.

MEDIDAS.		Cráneo de Itálica.	TÉRMINOS MEDIOS DE 20 andaluces.	TÉRMINOS MEDIOS DE 100 españoles.
Capacidad calculada en centímetros cúbicos		1.698	1.537	1.510
Diámetros	Antero-posterior máximo	194	184,8	183,5
	— — iniaco	180	178,5	»
	Transversal máximo	145	139,7	140
	— superauricular	126	119,3	»
	Frontal máximo	115	119,5	120,2
	— mínimo	101	95,7	95,8
	Biastérico	117	111	»
Radios basilares	Alveolar	109	93,7	»
	Espinal	105	92,3	»
	Nasal	111	100,5	»
	Metópico	129	124,9	»
	Bregmático	137	135,6	133,7
	Sagital máximo	140	137,9	»
	Obélico	134	129,7	»
	Lambdático	126	117,6	»
Curvas	Subcerebral	20	20	»
	Frontal total	127	130,5	»
	Parietal	111	126,1	»
	Occipital cerebral	90	66,1	»
	— cerebelosa	45	51,6	»
	— total	135	117,7	»
	Sagital total	373	374,7	373,3
	Preauricular	234	241,8	239,7
	Postauricular	304	277,2	276,6
	Horizontal total	538	519	516,3
	Superauricular	300	304,3	302,8

MEDIDAS.		Cráneo de Itálica.	TÉRMINOS MEDIOS DE 20 andaluces.	TÉRMINOS MEDIOS DE 100 españoles.
Cara.				
Anchuras	Biorbitaria externa	106	104,3	»
	Biyugal	115	111,3	»
	Bizigomática	134	128,1	127,9
	Bimaxilar máxima	96	89,5	89,9
	— mínima	65	58,6	»
Alturas	Ofrio-alveolar	94	89,8	87,8
	Naso-alveolar	74	70,3	69,7
	Espino-alveolar	18	19,8	»
	Alveolo-orbitaria	43	40,1	»
Nariz	Altura	56	52,3	52,7
	Anchura máxima	26	23,9	23,6
	— mínima	12	8,9	»
Órbita	Anchura	38	38,8	38,3
	Altura	34	34,1	34
	Distancia inter-orbitaria	25	28,8	»
Paladar	Longitud	47	46,2	47,4
	Anchura máxima	40	37,7	37,4
Agujero occipital	Longitud	33?	36,2	36
	Anchura	32?	32,9	30,6
Mandíbula inferior.				
Anchuras	Bicondílea	132	116,7	116,4
	Bigoniaca	106	97,6	96,5
Rama	Altura	67	68,1	66,5
	Anchura	38	31,9	30,6
Cuerpo	Altura sinfisia	32	31,4	31,2
	— molar	29	24,9	25
	— oblicua	40	34,4	»
	Distancia intermentoniana	48	44,3	»
	Curva basilar	203	183,2	183
	Longitud gonio-sinfisia	92	87,3	»

MEDIDAS.		Cráneo de Itálica.	TÉRMINOS MEDIOS DE 20 andaluces.	TÉRMINOS MEDIOS DE 100 españoles.
Angulos	Mandibular	118	123,9	126,8
	Mento-alveolar ó sinfisio	67	68,7	66,5
Pesos	Cráneo facial	?629	646,1	617,9
	Mandibular	? 85	69	69,1
	Total de la calavera	?714	715,1	687
Índices.				
Cefálicos	Horizontal	74,74	75,595	76,295
	Vertical	70,62	73,376	72,882
	Transversos	94,48	97,065	95,527
Faciales	De Broca	70,15	70,101	68,612
	De Kollman	55,22	54,879	54,422
Frontal		87,82	80,084	79,705
Fronto-parietal		69,65	68,504	68,465
Fronto-zigomático		85,82	93,286	93,944
Nasal		46,43	45,889	44,027
Orbitario		89,47	87,889	88,631
Palatino		85,10	81,601	79,330
Del agujero occipital		? 96,97	90,884	84,985
De la rama mandibular		56,72	46,842	46,009